

## EL ENTIERRO DE LA POLÍTICA DE «COEXISTENCIA PACÍFICA» EN LA NON NATA CONFERENCIA DE ALTO NIVEL DE PARÍS

Hemos expuesto reiteradamente las bases principales de la política exterior de la Unión Soviética, proclamadas desde hace un año, como mejor ocasión, en *Los viajes de Jrushev*. El jefe del Gobierno soviético, en su visita a los Estados Unidos de América en septiembre de 1959; a la China comunista a finales del mismo mes, y a los países del Sudeste asiático en febrero de 1960, manifestó públicamente en todas partes y oportunidades su adhesión activa a la política de «coexistencia pacífica». Todavía en un nuevo viaje a Francia en los últimos días de marzo y primeros de abril de 1960, Jrushev afirmaría que «el principio de la coexistencia pacífica entre los países que tengan regímenes sociales diferentes forma la base de la política exterior de la Unión Soviética» (24-III). Y en consonancia con estas afirmaciones, de la misma forma que en los comunicados oficiales suscritos con los dirigentes de los países sudasiáticos, se estableciera que «la Conferencia de alto nivel que se reunirá en París en el mes de mayo no será sino el principio de una serie de Conferencias al escalón más elevado, destinadas no sólo a lograr un acuerdo sobre el desarme, sino también a encontrar y establecer una base más sana para el conjunto de las relaciones internacionales, con el objetivo de llegar a un progreso y liberar a los pueblos de la amenaza de una nueva guerra», en el comunicado que se publicó el 2 de abril de 1960 al terminar las conversaciones franco-soviéticas, se dijo que en ellas el «general De Gaulle y N. S. Jrushev constataron que los contactos personales permiten el establecer o reforzar la confianza y el buen acuerdo entre los dirigentes de los Estados, y por ello contribuyen de la manera más eficaz a asegurar el deseable progreso hacia la concordia y la paz internacionales que los pueblos ansían. Ambos se felicitan de poder reemprender estas discusiones con ocasión de la próxima Conferencia de alto nivel con el Presidente de los Estados Unidos de América y el Primer Ministro de la Gran Bretaña, conferencia que ha sido he-

cha posible por la disminución de la tensión internacional. Los dos Gobiernos esperan que los resultados de la Conferencia a la cumbre conducirán a una nueva disminución de la tensión internacional».

Existía, pues, una relación íntima entre la prosecución por la U. R. S. S. de la política de coexistencia pacífica sostenida por Jruschev y la tan esperada Conferencia de alto nivel que encontraba también en el jefe del Gobierno soviético su principal propugnador. La reunión convocada para el 16 de mayo en París parecía que iba a ser la ocasión propicia para que entre las cuatro Grandes Potencias se firmara el armisticio de la «guerra fría» que desde hace quince años sostenían Oriente y Occidente, y se estableciera un largo período de coexistencia pacífica de amplitud mundial. Al propio tiempo, tal Conferencia a la cumbre iba a ser una nueva y, en caso de un esperado éxito, decisiva consagración de un antiguo y actual sistema de conducir las relaciones internacionales alejada de los clásicos canales diplomáticos: la negociación personal de los Jefes de Estado.

Pero todo terminaría en un fracaso espectacular: la Conferencia a la cumbre no habría de pasar de su preliminar sesión constitutiva. Los cuatro principales dirigentes de los Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia se separarían sin negociar el establecimiento de la coexistencia pacífica y, antes al contrario, el fracaso de iniciar unas conversaciones para llegar a tal objetivo iba a significar el recrudecimiento de la «guerra fría», con una rectificación fundamental en la política que personalizaba Jruschev y a la cual se mostraba entregado con el máximo entusiasmo: la de la «coexistencia pacífica». También tal estruendoso fracaso parece haber herido de muerte la práctica de los contactos directos entre los jefes de Estado, al menos sin una suficiente preparación diplomática previa.

Ante esta nueva situación internacional, que significa una mudanza importante en el panorama mundial de los últimos años, parece oportuno que nos ocupemos ahora en exponer cuál es el verdadero sentido de la política de «coexistencia pacífica» que ha venido propugnando Jruschev y que parece haber sido enterrada en la nonnata Conferencia de alto nivel de París, y en averiguar cuáles han sido las causas de este cambio fundamental en la estrategia política de la U. R. S. S.

## I. SIGNIFICACION DE LA DOCTRINA DE LA «COEXISTENCIA PACÍFICA»

Según su máximo definidor, Nikita Jruschev—en un artículo publicado en «Foreign Affairs» de octubre de 1959, recogido en su libro *Ce que je pense de la coexistence pacifique*, París, Plon, 1960—, es la coexistencia pacífica el problema más candente de la actualidad, interesa literalmente a todos los hombres y su vigencia se impone hoy a la rivalidad entre dos mundos opuestos: Oriente y Occidente, porque ya no pueden decidir sus diferencias por medio de las armas, puesto que el posible empleo de los ingenios termonucleares que pueden transportarse en las cabezas de enormes cohetes intercontinentales y aún intersiderales, hace imposible, o al menos impensable, el desencadenamiento de la guerra armada general, pues probablemente produciría el fin de toda vida humana sobre la tierra. «En nuestros días—escribe Jruschev: *op. cit.*, pág. 12—no existen sino dos vías: o bien la coexistencia pacífica, o bien la guerra más destructiva de toda la Historia. ¡No hay tercera vía!»

Hay que convenir en que este punto de partida es exacto: hay que acabar con cualquier posibilidad de lucha armada general. Ahora bien, ya al inicio de esta dialéctica hay que hacer un distingo importante: que la no existencia de guerra no significa que reine la paz. Puede no haber guerra y, sin embargo, tampoco haber paz, puesto que hoy existe un estado intermedio entre la guerra y la paz<sup>1</sup>. Por tanto, hay que comenzar poniéndose de acuerdo sobre lo que sea la Paz, y no aceptar atolondradamente como Paz cualquier paz, según ya nos advirtió Jeremías: «Dicentes: Pax, pax! Cum non esset pax» (8, 11).

La Paz es un «hermoso don de Dios»<sup>2</sup>, y el precepto de la Paz es de Derecho divino<sup>3</sup>. Mas la verdadera Paz no puede ser otra que la Paz cristiana, la Paz a la cual la «tradición cristiana, formada en la escuela de los máximos intelectos de Agustín y Tomás de Aquino, ha aprendido a

<sup>1</sup> Vide Luis García Arias: *El concepto de guerra y la denominada «guerra fría»*, Vol. III de *La guerra moderna*, Universidad de Zaragoza, 1956, pág. 69 y ss.

<sup>2</sup> Benedicto XV: Encíclica *Pacem Dei*, «Acta Apostolicae Sedis», Vol. XII, página 209, año 1920.

<sup>3</sup> Pío XII: *Gravi*. Radiomensaje del 24 de diciembre de 1948. «AAs», Vol. XXXXI. Año 1949.

definir como la *tranquillitas ordinis*<sup>4</sup>, esto es, como tradujo Fray Luis de León, el «sosiego ordenado», o dicho de otra manera: «La convivencia en el orden, la convivencia en la tranquilidad»<sup>5</sup>.

El nudo del problema de la Paz es así de orden espiritual, ya que—como señaló Pío XII<sup>6</sup>—, «la paz no puede estar asegurada si Dios no reina en el orden del universo por El establecido, en la sociedad debidamente organizada de los Estados, en la que cada uno de éstos realice en el interior la ordenación de paz de los hombres libres y de sus familias, y en el exterior la ordenación de paz de los pueblos». Para que esto sea así, la Paz habrá de estar basada en la Justicia y en el Derecho. Ambas son las dos columnas que sustentan todo el edificio de la Paz, y si fallan todo se derrumba.

Mas la paz que hoy se invoca no es esta Paz de orden espiritual, ni nadie pretende hacerla descansar en la Justicia y el Derecho. Por el contrario, se nos presenta como una pura paz material, sin otras bases que el miedo y el temor. Hoy se aclama a la paz porque se teme a la guerra termonuclear y se tiene miedo a sus catastróficas consecuencias para la Humanidad. Por eso la actual voluntad de paz no es la voluntad cristiana de Paz, sino un «simple sentimiento de humanidad, hecho las más de las veces de una pura impresionabilidad, que no aborrece la guerra más que por sus horrores y atrocidades, por sus destrucciones y sus consecuencias, pero no también por su injusticia». Mas a este sentimiento de paz—como advirtió Pío XII<sup>7</sup>—, «de carácter eudemonístico y utilitario y de origen materialista, le falta la sólida base de una estricta e incondicional obligación. Es el creador de ese terreno en el que se alinean el engaño del estéril compromiso, la tendencia a salvarse a costa de los demás y, en todo caso, el afortunado éxito del agresor».

Téngase esto bien presente: en nuestros días ni hay Paz ni se quiere la Paz. La paz que se invoca es una falsa paz; consiste en que no haya una lucha armada general entre las dos Superpotencias. En todo caso, como ha escrito H. A. Kissinger<sup>8</sup>, «para el mundo no soviético la paz aparece

<sup>4</sup> Pío XII: Radiomensaje de 24 de diciembre de 1954. «AAS», Vol. XXXXVIII, 1955.

<sup>5</sup> Pío XII: *Con sempre*. Radiomensaje de 24 de diciembre de 1942. «AAS», volumen XXXV, 1943.

<sup>6</sup> Pío XII: *La decimaterza*. Radiomensaje de 24 de diciembre de 1951. «AAS», volumen XXXXIII, 1952.

<sup>7</sup> Pío XII: *Gravi*. Radiomensaje del 24 de diciembre de 1948. «AAS», Vol. XXXXI. Año 1949.

<sup>8</sup> *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, Nueva York, 1957, pág. 328.

como un fin en sí misma, y su manifestación es la *ausencia* de lucha. Para los jefes soviéticos, por el contrario, la paz es una *forma* de lucha».

Y ésta es la paz en que se quiere coexistir. He aquí el otro término: la coexistencia, de la «coexistencia pacífica».

Comencemos advirtiendo que ambos términos son antagónicos entre sí. Como ha dicho Pío XII<sup>9</sup>, «la mera coexistencia no merece el nombre de paz», en cuanto que está condicionada por la sensación mudable del temor, del cálculo oscilante de las fuerzas en presencia y no tiene nada del orden justo, que supone una serie de relaciones convergentes hacia un fin común justo y recto.

Coexistir es un mero existir con otro, materialmente al lado de otro. Si existir es ser estando, coexistir es un mero estar con otro, una presencia física separada, sin la menor ligazón espiritual.

Mas, ciertamente, éste es el aspecto que ofrece el Mundo, partido en dos grandes grupos que coexisten: coexisten en el temor y en el error, como proclamó Pío XII en uno de sus más importantes radiomensajes navideños<sup>10</sup>. Coexisten en el temor, porque es éste el principal fundamento en que se apoya el presente estado de cosas: «Cada uno de los grupos en que está dividida la familia humana tolera que exista el otro, porque no quiere perecer él mismo. Evitando de esta manera el riesgo fatal, ambos grupos no conviven, sino coexisten. No es un estado de guerra, pero tampoco es de paz; es una calma fría. En cada uno de los dos grupos actúa acuciante el temor al poderío militar y económico del otro; en ambos está vivo el recelo por los efectos catastróficos de las novísimas armas. Con atención llena de angustia sigue cada uno el desarrollo técnico de los armamentos del otro y su capacidad de producción económica, mientras confía a la propia propaganda el encargo de sacar partido del temor ajeno, reforzando y exagerando su alcance. En el terreno concreto de la política parece como si los hombres, arrastrados, después de tantas desilusiones, por un extremo colapso de escepticismo, no contaran ya con otros princi-

<sup>9</sup> *Ecce Ego*. Radiomensaje del 24 de diciembre de 1954. «AAS», Vol. XXXXVII, 1955.

<sup>10</sup> *Ecce Ego*. Radiomensaje del 24 de diciembre de 1954. «AAS», Vol. XXXXVII. De este radiomensaje nos ha contado su génesis el cardenal Domenico Tardini en su emocionante obra sobre *Pío XII* (Tipografía Poliglota Vaticana, 1960, pág. 94). Relata el hoy cardenal Secretario de Estado que cuando Pío XII estaba gravemente enfermo en diciembre de 1954 le dijo que pensaba preparar el mensaje navideño. «No muchos días después, Pío XII, abandonando el lecho e iniciada la larga convalecencia, escribió, casi todo de una vez, aquel mensaje sobre la «coexistencia», tan grandioso y profundo que quedará como uno de los más célebres documentos de su pontificado.»

pios racionales o morales.» Coexisten en el error económico y político. Error económico en cuanto que las dos partes en que el mundo de hoy está desmembrado tienen una común errónea confianza en la moderna economía: «En una de las partes se enseña que si el hombre ha demostrado un poder tan grande para crear el maravilloso conjunto técnico-económico de que hoy se enorgullece, tendrá también la capacidad de organizar la liberación de la vida humana de todas las privaciones y de todos los males que le aquejan y de realizar de esta manera una especie de auto-redención; en la otra parte, en cambio, gana terreno la concepción de que de la economía, y en particular de una forma específica suya, que es el libre intercambio, se debe esperar la solución del problema de la paz.» Error político también, pues «mientras una de las partes funda su fuerte cohesión interna sobre una idea falsa, más aún, lesiva de los primarios derechos humanos y divinos, pero ciertamente eficaz», la otra parte no deja de abrazar tampoco ideas políticas falsas.

Sería por todo ello necesario que hubiera lo que Pío XII denominó la «coexistencia en la verdad», esto es, la convivencia en el orden. Esto exigiría el trazar verdaderos puentes entre los hombres de uno y otro mundo. Pero debiendo de ser estos puentes de «naturaleza espiritual, no están ciertamente cualificados para esta obra los escépticos ni los cínicos, que en la escuela de un materialismo más o menos larvado, reducen aún las más augustas verdades y los más altos valores espirituales a reacciones físicas o hablan de meras ideologías. No son tampoco aptos para este fin aquellos que no admiten verdades absolutas ni aceptan obligaciones morales en el terreno de la vida social. Estos últimos, que ya en el pasado, con su abuso de la libertad y con una crítica destructora e irracional, llegaron a preparar, con frecuencia inconscientemente, un clima favorable a la dictadura y a la opresión... [no pueden tampoco construir] el puente de la verdad y la base común espiritual; por el contrario, es de temer que, llevados del oportunismo, no encuentren inconveniente en simpatizar con el sistema de la otra orilla, adaptándose para permanecer en ella aún trastornados si llegase a triunfar momentáneamente».

Es decir, habrá que construir la convivencia entre todos los hombres y pueblos; mas precisamente no son aptos para ello los que hoy propugnan y aceptan la «coexistencia pacífica».

Porque es cierto que hay una exigencia natural para la convivencia entre los hombres y los pueblos. A través de milenios, «la exigencia de la convivencia de los pueblos, en sus líneas fundamentales, han sido las mismas, porque la naturaleza humana permanece siempre sustancialmente la

misma». La unión de los pueblos «hay que referirla a una exigencia y a un impulso de la misma naturaleza y, por tanto, los elementos fundamentales de tal unión revisten el carácter de necesidad moral, por tener su origen en la naturaleza misma...: el derecho a la existencia; el derecho al uso de los bienes de la tierra para la conservación de la vida; el derecho al respeto y al buen nombre del propio pueblo; el derecho a dar una impronta propia al carácter del pueblo; el derecho a su desarrollo y expansión; el derecho al cumplimiento de los tratados internacionales»<sup>11</sup>.

Pero esto no habrá de lograrse mediante la vía de la «coexistencia pacífica», porque ésta no ha sido sino una ruta equívoca, por la cual ciertamente se habían apresurado a entrar, engañados o complacientes, muchos occidentales, que no acertaban a ver su verdadera significación o confiaban adaptarse a ella. En este sentido tiene plena razón el marqués de Valdeiglesias al escribir (en el número 49 de *Política Internacional*, Madrid, 1960) que «el resultado de la última Conferencia en la cumbre en París ha sido positivamente el más beneficioso para el mundo occidental que hubiera sido posible imaginar». Pues en ella Jrushev tuvo que enterrar su política de coexistencia pacífica, que venía resultando gravemente peligrosa para el Occidente.

Hagamos ahora la disección de esta política de «coexistencia pacífica» y veamos cuál era la verdadera significación de esta doctrina jrusheviana.

## I

Según el jefe del Gobierno soviético, «desde los primeros días que han seguido a su nacimiento, el Estado soviético ha proclamado a la coexistencia pacífica como principio fundamental de su política exterior» (op. cit., pág. 4).

Conviene partir de esta declaración tan terminante de Jrushev—repetida en su discurso de 23 de marzo de 1960 ante los representantes de la Asociación Francia-U. R. S. S.—para poner fácilmente de manifiesto cómo esta doctrina arranca de un falseamiento de los hechos que no resiste un análisis objetivo realizado sobre las mismas fuentes soviéticas y que ha de servirnos para ponernos en guardia ante posteriores afirmaciones no menos falsas. Pues, como escribe George Kennan (en «Foreign Affairs» de enero de 1960), «si del lado comunista se pretende atrevidamente referirse

<sup>11</sup> Pío XII: *Il programma*. Discurso del 13 de octubre de 1955. «AAS», Vol. XXXXVII.

a las actitudes de los dirigentes soviéticos de 1917, para encontrar en ellas la prueba de la adhesión indestructible e ineluctable del comunismo ruso a principios tales como el rechazo de la violencia para decidir las diferencias políticas, la renuncia a intervenir en los asuntos interiores de los demás países y la necesidad de la concurrencia pacífica entre Estados que tengan sistemas sociales diferentes, entonces el historiador occidental no puede contener el señalar su estupefacción y protestar».

En efecto, cabe protestar invocando los propios textos oficiales de la Unión Soviética, como la *Historia del partido comunista de la U. R. S. S.*, publicada en versión castellana en Moscú en 1939, donde se dice literalmente en su capítulo VI: «Los bolcheviques no eran simples pacifistas, enamorados de la paz y que se contentasen con predicar la paz a todo trance, como la mayoría de los socialdemócratas de izquierda... Los bolcheviques no eran contrarios a toda guerra. Eran contrarios solamente a la guerra anexionista, a la fuerza imperialista. Los bolcheviques entendían que hay dos clases de guerras: a) Las guerras justas, no anexionistas, de liberación, que tienen como finalidad defender al pueblo contra una agresión exterior y contra cuantos intenten esclavizarle, o liberar al pueblo de la esclavitud del capitalismo o, finalmente, emancipar a las colonias y a los países dependientes del yugo de los imperialistas; y b) Las guerras injustas, anexionistas, que tienen como finalidad la anexión y esclavización de países y pueblos extranjeros. Los bolcheviques apoyan la primera clase de guerras» (pág. 231). Y seguidamente se cita una conclusión de Lenin: «Es posible que el socialismo empiece a triunfar solamente en algunos países capitalistas o incluso en un solo país aisladamente. El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentará contra el resto del mundo, contra el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países... (el socialismo), comenzará triunfando en uno o en varios países, y los demás seguirán siendo durante algún tiempo países burgueses o preburgueses. Esto provocará, necesariamente, no sólo razonamientos, sino incluso la tendencia abierta de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales condiciones, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar a los otros pueblos de la burguesía» (págs. 232-233).

O citemos otro texto de Lenin que figura en el volumen II de sus *Oeuvres choisies*, editadas en lengua francesa en Moscú en 1953, que son las tesis de Lenin presentadas al II Congreso de la Internacional comunista,



celebrado en 1920. En él se dice: «Interesa hacer una política que asegure la unión más estrecha de todos los movimientos de emancipación nacional y colonial con la Rusia de los soviets dando a esta unión formas correspondientes al grado de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento liberador democrático burgués de los obreros y campesinos de las nacionalidades o de los países atrasados... Es preciso que todos los partidos comunistas presten un concurso directo a los movimientos revolucionarios de las naciones dependientes o que no gocen de sus plenos derechos (por ejemplo, a Irlanda, a los negros de América, etc.) y a las colonias...; el problema es la transformación de la dictadura del proletariado de nacional (es decir, existente en un solo país e incapaz de determinar la política universal) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado de al menos varios países avanzados, capaz de ejercer una influencia decisiva sobre toda la política mundial)» (págs. 476-478).

Y como estos dos textos, podríamos citar muchos más, demostrativos de que el fundador del Estado comunista, antes y después de ocupar el Poder, precisamente no proclamó la coexistencia pacífica como principal fundamento de su política exterior, sino la revolución mundial. Por tanto, tengamos en cuenta que Jruschev ha comenzado la presentación de su doctrina de la «coexistencia pacífica» al Occidente con una innegable falsedad, que Kennan considera como «un insulto a nuestra inteligencia». Mas después de subrayar este mal comienzo, sigamos con la doctrina jruscheviana sobre la «coexistencia pacífica». ¿En qué consiste ésta exactamente, según el jefe del Gobierno soviético?

Escribe Jruschev: «En su acepción más simple, significa la renuncia a la guerra como medio de arreglar las cuestiones litigiosas. Esto, sin embargo, no agota la noción de coexistencia pacífica. Además del compromiso de no agresión, supone también el compromiso de todos los Estados de no violar la integridad territorial y la soberanía de los demás bajo ninguna forma y bajo ningún pretexto. El principio de la coexistencia pacífica significa la renuncia a la ingerencia en los asuntos internos de los demás países con el fin de cambiar su régimen estatal o su modo de vida, o bien por cualquier otro motivo. La doctrina de la coexistencia pacífica prevé también que las relaciones políticas y económicas entre los países deben basarse sobre la completa libertad de los derechos de las partes y sobre la reciprocidad de las ventajas» (págs. 4-5).

Es decir, que esta doctrina proclama los principios que han sido expresados en el Tratado concluido el 29 de abril de 1954 entre China e India,

y que, en definitiva, forman parte del Derecho Internacional que todos los Estados se han comprometido a respetar. Parece tratarse así de una mera propaganda a base de principios generales, que la U. R. S. S. nunca ha compartido sinceramente, a juzgar por su actuación exterior.

Mas acaso lo fundamental de la doctrina sea la declaración de la renuncia a la guerra, que destaca en cuanto que el marxismo-leninismo no ha sido hasta hoy contrario a toda guerra, y antes bien suponía la existencia de guerras para triunfar. Para Lenin, la «existencia de la República soviética al lado de los Estados imperialistas» debía necesariamente entrañar «una serie de terribles colisiones», y el mismo Stalin en sus últimos años sólo llegó a concebir «un cierto período de coexistencia pacífica entre el mundo de la burguesía y el mundo del proletariado». Es decir, que los primeros dirigentes del Estado soviético no llegaron a concebir la coexistencia pacífica más que como un estado provisional de no beligerancia<sup>12</sup>.

Mas en el XX Congreso del partido comunista de la U. R. S. S. (Moscú, año 1956), se proclamó, rectificando la doctrina tradicional del marxismo-leninismo, que las guerras no son en nuestro tiempo «fatalmente inevitables», y en una resolución adoptada el 5 de febrero de 1959 en el XXI Congreso se estipuló que «la conclusión del XX Congreso según la cual no existe una fatal inevitabilidad de la guerra se ha demostrado perfectamente justificada».

He aquí la dialéctica utilizada por Jruschev en su discurso ante el XX Congreso, para justificar el cambio de línea sobre una cuestión tan fundamental: «Como es sabido, hay la tesis marxista-leninista según la cual las guerras son inevitables en tanto que exista el imperialismo, tesis que ha sido elaborada en el período en el cual, primeramente, el imperialismo era un sistema mundial, un sistema universal y, en segundo lugar, en el cual las fuerzas sociales y políticas que no tenían interés en la guerra eran débiles, insuficientemente organizadas y no podían, por este hecho, obligar a los imperialistas a renunciar a la guerra... Así fué en la víspera de la primera guerra mundial..., y asimismo en las vísperas de la segunda guerra mundial, cuando la Unión Soviética era el único Estado que mantenía una política de paz activa... Esta tesis era completamente justa para este período. Pero hoy la situación ha cambiado esencialmente. Ha nacido el campo mundial del socialismo y llegado a ser una fuerza poderosa. Las fuerzas de la paz encuentran en él medios no solamente morales, sino

---

<sup>12</sup> *Bilan du XXIe Congrès du Parti Communiste de l'URSS*, «La Documentation Française», núm. 2.593, París, 14 noviembre 1959, pág. 11.

también materiales para prevenir la agresión. Además, existe un grupo numeroso de otros Estados, con una población de centenares de millones de personas, que luchan activamente contra la guerra. El movimiento obrero en los países capitalistas ha llegado a ser en nuestros días una fuerza considerable. El movimiento de los partidarios de la paz ha nacido y ha llegado a ser un factor poderoso. En estas condiciones, evidentemente queda válida la tesis leninista según la cual en tanto que exista el imperialismo existe una base económica para el desencadenamiento de la guerra. Por ello debemos observar una extrema vigilancia. En tanto que existe el capitalismo, las fuerzas reaccionarias que representan los intereses de los monopolios capitalistas proseguirán sus tentativas de aventuras militares y de agresiones; pueden tratar de desencadenar la guerra. Pero las guerras no son inevitables, no son fatales. Hoy hay fuerzas sociales y políticas poderosas que disponen de medios serios para impedir a los imperialistas el desencadenar la guerra, y en el caso de que éstos lo osaran, para dar una respuesta fulminante a los agresores y frustrar sus planes de aventura»<sup>13</sup>.

Comentando este informe de Jruschev en el mismo XX Congreso, diría Kaganovitch que «aplicando el marxismo-leninismo con un espíritu creador y no dogmático, de manera dialéctica y no metafísica, y teniendo en cuenta los cambios habidos, el Informe del Comité Central presentado por el camarada Jruschev plantea correctamente y de manera nueva cuestiones muy importantes, como son: la coexistencia pacífica, la posibilidad de evitar la guerra, las formas y las vías de transición al socialismo. Todos estos problemas están íntimamente ligados entre sí... Por su naturaleza de clase, el Estado soviético es profundamente ajeno a la guerra que tenga por objetivo imponer a los pueblos su propia ideología y su régimen social y político, el resolver por la fuerza de las armas los litigios internacionales y, con mayor razón, de acaparar territorios y de esclavizar pueblos extranjeros»<sup>14</sup>.

En efecto, siete meses después de pronunciar estas palabras. Kaganovitch, los carros armados soviéticos entrarían en Budapest. Bien entendido que, según la tesis soviética, se trató entonces de una guerra liberadora y no para esclavizar pueblos extranjeros, y ya es sabido que para el marxismo-leninismo las guerras liberadoras son siempre justas<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> *XXe Congrès du Parti Communiste de l'Union Soviétique*, 14-25 Février 1956. «Recueil de Documents», París, 1956, págs. 43-44.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 329.

<sup>15</sup> Vide Luis García Arias: *La guerra liberadora*, en el vol. IV de «La guerra moderna», Universidad de Zaragoza, 1957, págs. 105 y sigs.

Estamos, en resumen, ante una renuncia a la guerra por Jruschev, salvo las que se produzcan por el portillo de las subversiones y revoluciones comunistas y aún las guerras limitadas desencadenadas por procuradores que la U. R. S. S. considere liberadoras o progresivas, esto es, justas. Se trata, por tanto, de la renuncia a la guerra general, a la guerra global. Al respecto ha escrito el jefe del Gobierno soviético: «La nueva repartición de las fuerzas internacionales que se ha hecho después de la segunda guerra mundial da razones para afirmar que, en adelante, una nueva guerra mundial no es ya fatal, que puede ser prevenida. Primeramente, en nuestros días, luchan activamente por la paz no solamente todos los Estados socialistas, sino también numerosos Estados de Asia y Africa que se han comprometido en la vía del desarrollo nacional independiente, lo mismo que otros muchos Estados que no forman parte de bloques militares agresivos. En segundo lugar, la política de paz se beneficia de un poderoso apoyo de amplias masas populares en el mundo entero. En tercer lugar, los Estados socialistas pacíficos disponen de poderosos medios materiales, lo que no puede dejar de producir respeto a los agresores. Antes de la segunda guerra mundial, la U. R. S. S. era el único país socialista y no representaba más que el 17 por 100 del territorio, aproximadamente el 9 por 100 de la población del globo y aproximadamente el 10 por 100 de la producción mundial. Hoy, los países socialistas ocupan ya aproximadamente una cuarta parte del territorio del globo, en el que vive un tercio de la población mundial, en tanto que su producción industrial alcanza cerca de un tercio de la producción mundial» (*op. cit.*, págs. 12-13). Y añádase a estos argumentos sobre todo la transformación de la guerra moderna por la posesión de las nuevas armas de destrucción masiva, frente a las cuales todavía ni se concibe una defensa plenamente eficaz, las cuales propiamente son las que han terminado con toda posibilidad razonable de que pueda producirse una guerra general o global, tal como ha reconocido Jruschev reiteradamente.

Ahora bien, ya hemos indicado que no basta que no haya guerra para que pueda proclamarse que existe la paz. Puede no haber ni una ni otra. Y esta es la situación del mundo de nuestros días, en el cual existe innegablemente una pugna entre Oriente y Occidente, que ya no puede resolverse mediante una guerra general. Mas como hay pugna, tendrá que haber lucha para decidirla, porque el mundo no puede dividirse en dos gigantescos compartimientos estancos sin contacto, entre otras razones porque el mundo comunista sigue aspirando—y es éste un dogma de la doctrina marxista-leninista que no podrá cambiar Jruschev—al imperio universal del comu-

nismo, según señala Jules Moch al escribir que «el objetivo soviético, el establecimiento del comunismo universal, no ha sido cambiado»<sup>16</sup>.

Y es ante ello por lo que ha surgido la doctrina de la «coexistencia pacífica», que, como reconoce Jrushev, «no reclama que tal o cual Estado renuncie al orden y a la ideología que ha elegido» (*op. cit.*, pág. 6), puesto que no hay que confundir «los problemas de la lucha ideológica y los de las relaciones entre los Estados» (*ibid.*, pág. 7). De esta manera, la pugna puede seguir desarrollándose.

Según señala Jrushev, «la coexistencia de los Estados de sistemas sociales diferentes no significa que no harán sino aislarse el uno del otro por altas murallas y que adoptarán el compromiso recíproco de no echarse piedras a través de ellas y de no llenarse de injurias. No, la coexistencia pacífica no es una simple vida conjunta con ausencia de guerra, pero bajo la amenaza constante de su desencadenamiento en el futuro. La coexistencia puede y debe transformarse en competición pacífica para la mejor satisfacción de las necesidades del hombre» (*ibid.*, pág. 6).

Es decir, se sustituye la pugna armada por la competición. En su discurso de París el 23 de marzo de 1960 ante la delegación del Consejo Nacional del Movimiento de la Paz, afirmó el jefe del Gobierno soviético: «En nuestra lucha por la paz decimos que el arreglo de los problemas sociales debe ser efectuado no por la guerra entre los pueblos, sino por la competición organizada que pruebe cuál sistema dará más bienes al pueblo, cuál sistema garantizará mejor el desarrollo de la cultura de las gentes y la economía del país, cuál sistema satisfará completamente las necesidades del pueblo. Si los partidarios del sistema capitalista tienen confianza en su sistema, si están convencidos de que éste triunfará en una competición pacífica con el sistema socialista, no deben tener miedo a esta competición. Pero si no quieren entrar en competición con nosotros, si quieren hacer propaganda de la «guerra fría», esto quiere decir que no tienen confianza en la justicia de su causa, que no tienen confianza en su sistema. Pero nosotros tenemos confianza en nuestro sistema socialista y probamos nuestra confianza, y continuaremos probándola no por la guerra, sino en la competición pacífica, en el desarrollo de los lazos culturales y económicos con los demás países. Lucharemos por nuestras ideas, no haciendo la guerra, sino conquistando el espíritu de los hombres.» «No es preciso imponer el comunismo a los pueblos del exterior con la ayuda de la fuerza

---

<sup>16</sup> *Les conséquences stratégiques et politiques des armes nouvelles*, «Politique Etrangère», núm. 2, pág. 166, París, 1958.

militar. Para el triunfo del comunismo, la guerra entre los pueblos no es necesaria. Mostraremos la superioridad del comunismo en la práctica, pero no por la guerra. La mostraremos en la construcción pacífica, que creará los mejores bienes materiales y culturales para la vida del hombre.»

El carácter exacto de esta competición sería definido por Jruschev en su discurso de Nobosibirsk el 10 de octubre de 1959: «La coexistencia pacífica es la continuación de la lucha entre dos sistemas sociales, pero se trata de una lucha conducida por medios pacíficos, sin guerras y sin intervenciones en los asuntos internos de otros países. Es, para nosotros, una lucha económica, política e ideológica, no una prueba con armas.»

Tal es, expuesto con objetividad, el contenido que Jruschev atribuye a la política de «coexistencia pacífica». Veamos ahora su significación verdadera.

## II

Ante todo hay que observar que, como era de esperar, el jefe del Gobierno soviético quiere plantear la competición en un terreno puramente materialista y positivista. Se trata de conseguir un gran aumento de bienes de consumo: «Os lanzamos el desafío de una competición en la producción de la carne, de la leche, de la manteca, de los bienes de consumo, de las máquinas, del acero, de los aceites, para que el pueblo viva mejor», dijo Jruschev en Des Moines el 22 de septiembre de 1959 a los norteamericanos. Pero nunca se ha referido al precio que los hombres tendrían que pagar. Porque no puede aceptarse la consecución de bienes materiales a gran escala si ello ha de lograrse a cambio de la esclavitud del hombre, merced al sacrificio de los valores fundamentales de la persona humana, de sus derechos y libertades esenciales. Porque entonces el precio no compensa lo que se obtenga, por mucho que esto sea.

Al precio de la esclavitud humana es cómo cuenta el comunismo alcanzar un desarrollo material que sobrepase al de los Estados Unidos, nivel que Jruschev espera lograr en 1970; cómo piensa conseguir lo que podría denominarse el máximo ideal materialista: el Paraíso terrenal, realizando lo que Pío XII ha llamado «una especie de auto-redención».

¿Puede aceptar el Occidente este tipo de competición económica? Evidentemente, no. Occidente no puede caer en la trampa que se le tiende por Jruschev, pues si para vencer en esta pugna material ha de emplear los ciertamente eficaces métodos comunistas para aumentar la producción—métodos que han alcanzado su máximo empleo en la China comunista—, ello

significaría desvalorizar al hombre de tal manera que aun venciendo en la competencia material habría de ser vencido en el fondo, ya que caería en un materialismo plenamente comunista. Ciertamente que Occidente no debe continuar en la actual situación, tan insatisfactoria, de sus regímenes social-económicos, pero el remedio no ha de buscarse por aquella vía, que conduce necesariamente al comunismo.

Más la competición que propugna Jruschev es también lucha política. Y ello en cuanto que la visión bipolar del mundo de hoy ya no es exacta. No sólo hay Occidente y Oriente en posición antagónica; existe también el denominado Tercer Mundo o tercio no comprometido del mundo: los centenares de millones de hombres de los países subdesarrollados de Asia, Africa e Hispanoamérica. Sobre ellos, para ganarlos o someterlos, se libra en la actualidad la más fuerte e importante batalla política entre la Unión Soviética y Occidente. Y aquí sí que ha visto claro y pronto la U. R. S. S. cuál era la mejor posición, mientras que el Occidente europeo no supo desprenderse muy a tiempo de estructuras caducas de sujeción y el Occidente norteamericano no consiguió superar los enredos de su capitalismo financiero.

Uno de los primeros actos del Gobierno soviético fué, el 7 de diciembre de 1917, el lanzar una proclama a los trabajadores musulmanes de Rusia y del Oriente, firmada por Lenin. Y en septiembre de 1920 la Internacional comunista organizó un Congreso de los pueblos de Oriente en Bakú, a cuya reunión acudieron representantes de 27 nacionalidades del Oriente con un total de 2.000 delegados, incluyendo más de 600 no comunistas, que Paul Katona ha denominado «the first fellow-travellers in the history of International Communism»<sup>17</sup>. En el mismo 1920, Lenin, en sus ya citadas tesis sometidas al II Congreso de la Internacional comunista, trazó un programa de acción realmente acertado para la U. R. S. S., buscando «la unión más estrecha de todos los movimientos de emancipación nacional y colonial» con la Unión Soviética, y dando normas de acción como la de que «la Internacional comunista no debe sostener a los movimientos nacionales democráticos burgueses en las colonias y países atrasados, sino a condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo de nombre, sean, en todos los países atrasados, agrupados y educados en el espíritu de la misión particular que les incumbe: luchar contra los movimientos democráticos burgueses en el seno de

<sup>17</sup> *Soviet Propaganda to the Colonial World*, «The Year Book of World Affairs, 1955», Londres, 1955, pág. 153.

su nación. La Internacional comunista debe concluir alianzas temporales con la democracia burguesa de las colonias y de los países atrasados, pero nunca fusionarse con ella, y defender sin reserva la independencia del movimiento proletario incluso bajo su forma más embrionaria»<sup>18</sup>.

Es así como singularmente en los últimos años la penetración comunista en el Tercer Mundo ha sido y continúa siendo de enorme importancia. Baste ahora con señalar su gravedad y decir que también para el progreso comunista por esta vía, el sistema de la coexistencia pacífica ofrece muchas ventajas para la Unión Soviética.

Porque ha de tenerse en cuenta que para Jruschev el mantenimiento de la política de coexistencia pacífica no está en oposición con el expansionismo comunista sobre los países subdesarrollados, en virtud de su interpretación del «status quo» no como algo estático, sino dinámico. En efecto, el 18 de febrero de 1959 el jefe del Gobierno soviético dijo que importaba, ante todo, el «fijar lo que había sucedido como resultado de la segunda guerra mundial y que era reconocido por el mundo entero». Y por tal fijación entiende no sólo que el reconocimiento del «status quo» implicaba el compromiso de no modificar las fronteras por la fuerza militar y la renuncia a toda tentativa de cambiar, por cualquier medio que sea, la estructura social de los países de la Europa oriental, sino que, además, Jruschev entiende que la revolución económica y social actualmente en curso en la U. R. S. S. y en China, así como en diversos países de Asia y de Africa, constituye parte integrante del «status quo». Así se lo vino a explicar el jefe del Gobierno soviético a Walter Lippman, según éste ha escrito: «En tanto que nosotros consideramos el "status quo" como la situación que existe en un momento dado, él (Jruschev) lo considera como el proceso mismo del cambio revolucionario que está en curso. Desea que reconozcamos la revolución no sólo tal cual es sino tal cual será.» En este mismo sentido, el Mariscal Malinovsky denunció en el XXI Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. (3-11-1959) a los que tratasen de «detener los progresos de la Humanidad y de impedir el crecimiento del campo del socialismo», y el escritor comunista Isaac Ermacher habría de expresar más francamente que «el campo del socialismo existe y existirá. se desarrolla y se desarrollará, se refuerza y se reforzará. Los países del socialismo no abdicarán sus realizaciones y no permitirán a nadie entravar su marcha adelante. El día en que Occidente haya tomado nota de estos cambios históricos, será creada una base sólida para el arreglo pacífico,

<sup>18</sup> Lenin: *Oeuvres choisies*, t. II, 2.ª parte, Moscú, 1953, págs. 478-479.



para la estabilización internacional. Es ésta exactamente la significación que hoy tiene el "status quo"<sup>19</sup>.

Unase esta concepción sorprendentemente dinámica del «status quo» a la teoría leninista sobre las guerras justas que últimamente ha vuelto a invocar Jruschev, y será fácil darse cuenta de que la instauración del sistema de la «coexistencia pacífica» no impediría en nada a la U. R. S. S. el proseguir su política de subversión, su lucha revolucionaria en el amplio campo mundial. Y como ha indicado G. Kennan, en su citado artículo de «Foreign Affairs», refiriéndose a las naciones de la Europa oriental, conquistadas políticamente al final de la segunda guerra mundial, «puesto que ha sido posible hacer sufrir una tal suerte a *estos* pueblos, sin recurrir a una agresión militar abierta, y puesto que hoy se nos pide aceptar la cosa y admitir que no debe ser discutida en relación con el problema de la coexistencia pacífica, ¿es que otros pueblos no podían verse infligir una suerte idéntica, en el mismo cuadro de la coexistencia por la cual se nos apura a pronunciarnos?»

Además, ha de advertirse que la U. R. S. S. no ha renunciado dentro de su doctrina de la coexistencia pacífica a tal exportación de su revolución a los pueblos occidentales. En su citado discurso de 23 de marzo de 1960 en París, el mismo Jruschev ha dicho: «A veces se nos objeta: "Sí, pero vosotros rehusáis el garantizar que el comunismo no franqueará vuestras fronteras y no se expandirá por el mundo no comunista». Lo que es verdad, es verdad: nosotros no podemos dar tales garantías.» Y no es sólo que Jruschev crea—como manifestó ante la Asociación de la Prensa diplomática en París el 25 de marzo de 1960—«que el sueño de la Humanidad de la edificación de una sociedad comunista llegará a ser inevitablemente una realidad. Quisiéramos ver a todas las gentes, los blancos, los negros, los aceitunados y los amarillos, bajo la bandera comunista. Hay plaza para todo el mundo bajo esta bandera. Y cuanto más antes llegue esto, mejor para todos los pueblos, para el mundo entero», sino que al propio tiempo manifestó que haría «todo lo que esté en mi poder para acelerar este proceso», y ello significa el empleo de las viejas tácticas de subversión revolucionaria en el interior de los países occidentales, aún cuando se llegara al establecimiento de una política de «coexistencia pacífica».

Finalmente, la competición propuesta por Jruschev es también una lucha ideológica. Y de la misma forma que para los comunistas no cabe en este punto mitigación doctrinal, salvo tácticas oportunistas, Occidente no puede

---

<sup>19</sup> *Temps Nouveaux*, Moscú, 3 enero 1958.

bajar la guardia especulando con que el comunismo ruso se aburguese, de la misma forma que la democracia liberal de Occidente se socializa, y que, por tanto, incluso es posible que lleguen a encontrarse muy cercanos no transcurriendo mucho tiempo.

Ante ello hay que decir rotundamente que en el terreno de los principios políticos, Occidente no puede ceder ante el comunismo, porque la doctrina comunista es absolutamente rechazable. Una cosa es que los sistemas políticos occidentales atraviesen hoy una innegable crisis, la de la democracia liberal, patentemente inadecuada, en muchos de sus supuestos fundamentales, para el mundo de 1960, y otra muy distinta el que se crea que en este campo ideológico cabe transigir con el comunismo. Y ello por una razón fundamental: porque el comunismo es plenamente anticristiano. Los Papas León XIII, en su Encíclica «*Quod Apostolici Muneris*» (1878); Pío XI, en su Encíclica «*Divini Redemptoris*» (1937), y Pío XII en varios mensajes navideños, singularmente en el de 1955, han condenado en forma terminante la doctrina político-social del comunismo, rechazándola «en virtud de la doctrina cristiana».

En definitiva, como ha declarado el Secretario de Estado norteamericano para los asuntos públicos, Andrew H. Berding, en su discurso del 17 de octubre de 1959, «la coexistencia pacífica no debe ser confundida con la paz. La coexistencia es más bien un armisticio prolongado mientras se continúa la lucha política e ideológica y la concurrencia económica. Es una estrategia que emplean los soviéticos para evitar la guerra o para retardarla, mientras el movimiento comunista internacional continúa sus esfuerzos para hacer triunfar el comunismo».

Los occidentales queremos que el mundo no se precipite en una guerra general, pero sabemos que esta ausencia de guerra no se logra en virtud de los esfuerzos de la Unión Soviética ni de las bondades de la «coexistencia pacífica» expuesta por Jrushev, sino que se debe, en realidad, al hecho de que la guerra global se ha vuelto imposible por el moderno armamento termonuclear. Y no debemos permitir que el comunismo internacional especule propagandísticamente intentando apuntarse a su favor el tanto de una paz que, además, sabemos que no es una verdadera paz, sino que es una campaña que orquestó Jrushev para adormecer a Occidente y vencerle arteramente con una lucha subversiva. Recuérdense las palabras de San Pablo: «*Cum enim dixerint pax et securitas: tunc repentinus eis superveniet interitus*» (1.<sup>a</sup> Tesalonicenses, V, 3), y aprendamos la lección.

La política de la «coexistencia pacífica» no es, en realidad, más que

la gran adormidera que Jrushev ha querido hacer injerir a Occidente para llevar a cabo los grandes sueños de la U. R. S. S., en los que se mezclan el mesianismo nacionalista e imperialista ruso con el internacionalismo cosmopolita del comunismo, de dominar al mundo entero. Mucho cuidado, pues, con la difusión y aceptación de esta doctrina jrusheviana, como nos ha advertido el cardenal Ottaviani en su diamantino discurso del 7 de enero de 1960 para despertar la embotada sensibilidad de muchos cristianos, que no participan de la vida del Cuerpo Místico y que parecen considerarse satisfechos de una distensión cualquiera, que es plenamente engañosa. Y tengamos siempre presente que, como ha dicho el Papa Juan XXIII, «la verdadera Paz sólo tiene un nombre: *Pax Christi*; sólo tiene una cara, la que le imprimió Cristo... Es indivisible. Ninguno de los rasgos que constituyen su faz inconfundible puede ser ignorado o excluido». Y estos «rasgos expresan no sólo el desarme, el reparto de los bienes, el respeto a los tratados estipulados, la solución a los problemas sociales; sino también la salvaguardia de los derechos de cada hombre, de la familia, de la religión. La paz es indivisible, ha dicho el Papa. No se puede pensar solamente en sus aspectos materiales, sino que se deben tener presentes también los aspectos morales y espirituales, entre los que están la tranquilidad de las conciencias, el orden, la seguridad en la posesión de los derechos naturales y sobrenaturales». Y nada de esto garantiza la falsa paz que es la denominada «coexistencia pacífica».

### III

Sin embargo, sorprendentemente, no ha sido la resistencia del Occidente ante esta doctrina de la «coexistencia pacífica» la que en los últimos meses habría de conducir a su desaparición de la escena política mundial, sino que ha sido el propio jefe del Gobierno soviético quien, con su actitud y sus palabras intemperantes, habría de restablecer la política de la «guerra fría». Toda una paciente campaña emprendida por el Jefe del Gobierno soviético hace muchos meses y desarrollada por Jrushev con entusiasmo en sus visitas a los Estados Unidos, Francia y Austria en 1959-60, así como a los más importantes países del Tercer Mundo, habría de ser echada por la borda en forma intemperante en el pasado mes de mayo, abriendo de nuevo las hostilidades de la «guerra fría», cuya vigencia en estas últimas semanas es clara.

Hasta el presente, la «coexistencia pacífica» había sido empleada por los

jefes soviéticos—como señaló H. A. Kissinger: *op. cit.*, págs. 142-143—como la más eficiente ofensiva táctica, como el mejor de los medios para subvertir las actuales estructuras del Occidente por otros medios que los de la «all-out war».

Esta ofensiva táctica venía desarrollándose con las más halagüeñas perspectivas de éxito para la Unión Soviética. Un Occidente confiado y unos Estados Unidos de América fatigados por el peso de un Poder mundial prematuramente asumido, parecían bien dispuestos a acoger la doctrina propagada por Jrushev. Bertrand Russell y un buen número de destacados representantes de la *intelligentzia* europea—aparte los claros «compañeros de viaje»—se habían apresurado a aceptarla, declarando preferible el dominio soviético a la resistencia activa—con todos sus riesgos—y debilitando así el espíritu de defensa del Occidente.

Todo parecía indicar en mayo de 1960 que la «coexistencia pacífica» iba a imponerse. Pero en este preciso momento se produciría una de las máximas sorpresas de la Historia de las relaciones internacionales.

Aprovechando la reunión que iban a celebrar en París los máximos dirigentes de las Cuatro Potencias, la Conferencia de alto nivel entre Occidente y Oriente, tan buscada por Jrushev, espectacularmente el jefe del Gobierno soviético habría de hacerla fracasar para poner término a la campaña de «coexistencia pacífica».

Es tan extraordinaria esta actitud de la U. R. S. S. cambiando la base de su política exterior, que se hace necesario que examinemos con algún detalle la reunión de la Conferencia a la cumbre en París, su difícil comienzo y su rápido final antes de haberse formalmente iniciado, y, sobre todo, que intentemos averiguar las causas que pudieran haber conducido a Jrushev a torpedear la por él tan ansiada Conferencia de alto nivel para producir la muerte airada de la política de «coexistencia pacífica» que, hasta el presente, había mantenido con singular vigor, y su enterramiento, tal vez sin posibilidades de resurrección inmediata.

## II. EL MALOGRO DE LA CONFERENCIA DE ALTO NIVEL DE PARIS.

El 14 de mayo de 1960 llegó a París el jefe del Gobierno soviético para tomar parte en la convocada Conferencia de alto nivel con los Presidentes de los Estados Unidos y de Francia y el Primer Ministro de la Gran Bretaña, y en el mismo aeropuerto de Orly leyó un mensaje en el cual, entre otras cosas, dijo: «Tenemos clara conciencia de las esperanzas que los pueblos del mundo tienen en la reunión de las Cuatro Potencias. El Gobierno soviético hará todo lo posible a fin de que la Conferencia sea un éxito, que implique una nueva atenuación de la tensión internacional y el refuerzo de la paz y de la seguridad entre los pueblos.» Y aunque en la misma ocasión también dijo Jrushev que «a pesar de que es indiscutible que los pueblos del mundo desean el refuerzo de la paz y de la distensión internacional, nadie ignora que en ciertos países, especialmente en fecha reciente, existen medios influyentes que se esfuerzan por retrotraernos a la «guerra fría» y por impedir el mejoramiento del clima internacional, los cuales han aumentado sus actividades», nadie—como ha comentado el profesor Barcia Trelles en el número 49 de *Política Internacional*, Madrid, junio de 1960—puso entonces en tela de juicio que la Conferencia tendría lugar.

Por su parte, el Presidente Eisenhower declaró al día siguiente, al llegar a Orly: «El género humano sabe que los efectos de la guerra nuclear no serán sólo horribles, sino universales. El género humano espera de los participantes en esta reunión «a la cumbre» que trabajen honesta e inteligentemente para progresar hacia una paz auténtica. Las esperanzas de la Humanidad exigen que nosotros cuatro liberemos a nuestros espíritus de todo prejuicio y a nuestros corazones de todo rencor. Demasiado grandes intereses están en juego para que sucumbamos a las pasiones del momento o que nos entreguemos a fútiles querellas.»

Sin embargo, el domingo 15 de mayo comenzaron ya a filtrarse informaciones sobre un cambio fundamental en la actitud soviética, una vez que Jrushev se hubo entrevistado por la mañana con el Presidente De Gaulle y por la tarde con el «Premier» Macmillan, mientras que el Presidente Eisenhower, después de asistir a las 14,35 a una reunión con Macmillan, De Gaulle y Adenauer, volvía a encontrarse a las seis de la tarde en el Elíseo con los dos primeros, en tanto el Canciller alemán regresaba a

Bonn. A la mañana siguiente, Eisenhower y Macmillan desayunarían juntos en la Embajada norteamericana en París y conversarían mano a mano durante dos horas. Todo ello, bajo el gigantesco «Sputnik-4», de 4.540 kilogramos de peso, satélite artificial de la Tierra que los soviéticos habían lanzado desde las orillas del Mar Caspio en la noche del sábado al domingo, como para festejar espectacularmente una vez más un nuevo desplazamiento de Jruschev a Occidente.

Antes de que se iniciara la Conferencia, el jefe del Gobierno soviético se había entrevistado con De Gaulle y Macmillan y ambos habrían de ser también interlocutores del Presidente norteamericano, sin que estuvieran juntos ni un segundo Jruschev y Eisenhower. No cabe duda, pues, que el 15 de mayo estaba ya planteada una grave diferencia entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, y que ingleses y franceses trataban de mediar entre las dos superpotencias. Al parecer, el «premier» británico, decidido partidario de la distensión internacional, presionó a Eisenhower para que adoptara la máxima actitud conciliadora ante las exigencias de Jruschev, hasta pocos minutos antes de la hora fijada para que se abriera la Conferencia de alto nivel.

Se había previsto que la Conferencia comenzara a las diez de la mañana del lunes 16 de mayo, con una sesión preliminar, preparatoria de la Conferencia propiamente dicha, que habría de iniciarse a las once de la mañana. Pero Jruschev se negaría a participar en esta sesión preparatoria, y hasta las once horas no llegaría al Palacio del Eliseo, precedido de Macmillan y seguido por Eisenhower, acompañados todos por sus inmediatos colaboradores, reuniéndose con De Gaulle y los suyos durante tres horas justas. Cuando los jefes de Gobierno de la U. R. S. S. y de la Gran Bretaña y el Presidente de los EE. UU. salieron del Eliseo a las dos de la tarde, ya era fácil predecir que iba a resultar muy difícil que volvieran a reunirse.

A las cuatro de la tarde se haría público el texto de una declaración de Jruschev, y un cuarto de hora después, el de Eisenhower, exponiéndose en ellas las respectivas posiciones que habían adoptado aquella mañana.

Según Jruschev, «en el momento en que los Jefes de Gobierno de las cuatro Potencias llegaron a París para tomar parte en la Conferencia, una cuestión estaba planteada, a saber: cómo se podrían celebrar conversaciones constructivas y examinar las cuestiones que se presentasen ante la Conferencia, cuando el Gobierno de los Estados Unidos y personalmente el Presidente de los Estados Unidos no sólo no han condenado el acto de provocación que ha sido la intrusión de un avión de guerra norteamericano en el espacio aéreo de la Unión Soviética, sino que, al contrario, han decla-

rado que tales acciones constituirán también en el futuro la política de los Estados Unidos en relación con la Unión Soviética. ¿Cómo podrá buscarse un acuerdo sobre diferentes cuestiones que exigen ser arregladas para llegar a una distensión y para eliminar las sospechas y la desconfianza de las relaciones entre Estados, mientras que el Gobierno de una de las grandes Potencias declara abiertamente que su política consiste en violar las fronteras de otra gran Potencia con objetivos de espionaje y diversión, y, por consiguiente, para aumentar la tensión en las relaciones entre Estados? Es evidente que la proclamación de una tal política, que no es aplicable sino en las condiciones en que los Estados se encuentren en estado de guerra, quiere, por anticipado, el fracaso total de la Conferencia «au sommet»... ¿Cómo el Gobierno soviético podría participar en las conversaciones en estas condiciones en que existe una amenaza real procedente del Gobierno de los Estados Unidos, que ha declarado que continuará en el futuro violando las fronteras de la U. R. S. S. y que aviones norteamericanos habían volado y continuarían volando por encima del territorio de la Unión Soviética...? Deriva de todo lo que precede, que es necesario para el éxito de la Conferencia que los Gobiernos de todas las Potencias que en ella están representadas sigan una política franca y honesta, y se comprometan solemnemente a no emprender una contra otra ningún acto que constituya violación de soberanía del Estado de las Potencias. Esto significa que si el Gobierno de los Estados Unidos está realmente dispuesto a colaborar con los Gobiernos de las otras Potencias en interés del mantenimiento de la paz y del refuerzo de la confianza entre los Estados, debe primero condenar los inadmisibles actos de provocación cometidos por las fuerzas aéreas de los Estados Unidos respecto a la Unión Soviética, y después renunciar a proseguir en el futuro tales actos y semejante política dirigida contra la U. R. S. S. Es evidente que en este caso el Gobierno de los Estados Unidos no puede más que juzgar severamente a los responsables inmediatos de la violación premeditada de las fronteras de la U. R. S. S. por los aviones norteamericanos. En tanto que esto no sea hecho por el Gobierno de los Estados Unidos, el Gobierno soviético no ve posibilidad de conversaciones constructivas con el Gobierno de los Estados Unidos en la Conferencia a la cumbre. No puede figurar entre los participantes en las conversaciones, mientras uno tenga la perfidia como base de su política en relación con la Unión Soviética... No es preciso decir que si el Gobierno de los Estados Unidos declarase que los Estados Unidos se comprometen en adelante a no violar las fronteras de la U. R. S. S. mediante los vuelos de sus aviones, que condenan los actos de provocación realizados en el pasado y que castigarán a los respon-

sables inmediatos de tales actos, lo que aseguraría a la Unión Soviética condiciones iguales a los de las demás Potencias, yo estoy presto, en tanto que Jefe del Gobierno soviético, a participar en la Conferencia y a hacer todo para contribuir a su éxito... La Unión Soviética no renuncia a hacer esfuerzos para obtener un acuerdo. Y estamos convencidos de que son posibles acuerdos fundados en el buen sentido, pero, según parece, en otro momento que éste... El Gobierno soviético está profundamente convencido de que si no el actual Gobierno de los Estados Unidos, otro, o bien todavía otro, comprenderán que no hay otra solución posible que la coexistencia pacífica de los dos sistemas: el capitalismo y el socialismo, o bien una coexistencia pacífica, o bien una guerra que sería una catástrofe para aquellos que actualmente prosiguen la política de agresión. Consideramos, pues, que es preciso detenerse para que las cuestiones serias se clarifiquen y para que los que son responsables de la orientación política de un país analicen la responsabilidad que han asumido al proclamar una política de agresión respecto a la Unión Soviética y otros países socialistas. Creemos así que no habrá mejor solución que la de aplazar la Conferencia de los Jefes de Gobierno durante seis u ocho meses.»

Para Eisenhower—que comenzó manifestando que estaba informado por De Gaulle y Macmillan de la actitud de Jruschev y que tenía el propósito de ver si en la reunión privada preparatoria existía la posibilidad de arreglar la cuestión de los vuelos a gran altura de manera que permitiese que la Conferencia continuara—, los Estados Unidos, en las declaraciones de 9 y 11 de mayo, se habían limitado a «exponer claramente la desagradable necesidad de las actividades de espionaje en un mundo en el que las naciones desconfían de sus respectivas intenciones», subrayando que tales «actividades no tenían ningún fin agresivo, ya que estaban destinadas a afirmar la seguridad de los Estados Unidos y del mundo libre contra un ataque por sorpresa por parte de una Potencia que se jacta de poder devastar los Estados Unidos y otros países por medio de cohetes con cargas atómicas. Como se sabe, no sólo los Estados Unidos, sino la mayor parte de los demás países, son espíados de manera minuciosa y constante por la Unión Soviética». La declaración soviética «pretende que los Estados Unidos, mediante sus declaraciones oficiales, han amenazado el proseguir los sobrevuelos... Los Estados Unidos no han proferido una tal amenaza. Y ella no existe ni en mis intenciones ni en las de mi Gobierno. Las declaraciones se limitan a precisar que los Estados Unidos no rehuirán sus responsabilidades de precaverse contra todo ataque por sorpresa. De hecho, estos vuelos han sido suspendidos después del reciente incidente y no serán re-



anudados. En consecuencia, el argumento soviético no es sostenible. He venido a París para tratar de llegar con la Unión Soviética a acuerdos destinados a eliminar la necesidad de todas las formas de espionaje, comprendidos los vuelos a gran altura. No veo la necesidad de explotar este incidente para interrumpir la Conferencia. En el caso de que resulte imposible, a causa de la actitud soviética, examinar aquí en París este problema y las demás cuestiones importantes que amenazan la paz del mundo, me propongo someter próximamente a las Naciones Unidas un proyecto de creación de un sistema de vigilancia aérea organizada por las Naciones Unidas para detectar los preparativos para un ataque. Me había propuesto el someter este plan a la presente Conferencia». Y termina declarando el Presidente norteamericano: «He hecho comprender muy claramente a Jruschev que los Estados Unidos no aceptarán jamás su ultimátum. Jruschev ha hecho caso omiso de todos los argumentos razonables, y no sólo ha mantenido su ultimátum, sino que ha insistido en publicar su declaración. Era, pues, evidente que estaba resuelto a torpedear la Conferencia de París. En realidad, la única conclusión que cabe obtener de su comportamiento en la mañana de hoy es que ha venido de Moscú a París con la única intención de sabotear la reunión en la que tantas esperanzas ha puesto el mundo.»

Cinco minutos después hicieron públicas sus respectivas declaraciones el Presidente De Gaulle y el «premier» Macmillan, resaltando ambos que puesto que el Presidente de los Estados Unidos había manifestado de la manera más formal que los vuelos habían sido suspendidos y que no proseguirían, era necesario que la Conferencia continuase—(este incidente constituye una razón suplementaria para reunirse», afirmó De Gaulle muy razonablemente—. Por ello, «el Presidente de la República francesa ha sugerido, en conclusión, que las cuatro delegaciones se tomen un día de reflexión para considerar las declaraciones hechas por unos y otros. Se entrevistará, por su parte, con los jefes de estas delegaciones para ver con ellos cómo las cosas evolucionan».

Cinco horas después de ser publicadas estas declaraciones, comenzarían las entrevistas, actuando Macmillan como principal mediador entre la U. R. S. S. y los EE. UU. Después de visitar a De Gaulle, el «premier» británico se reunió con Eisenhower, y hora y media después, con Jruschev, durante dos horas.

Al día siguiente, 17, Jruschev declaró a la Prensa que si el Presidente Eisenhower estaba dispuesto a «reconocer que los Estados Unidos habían cometido un error al violar las fronteras de la U. R. S. S., la Conferencia podría comenzar. Si no, estoy dispuesto a partir para Berlín». En la misma

mañana, los tres dirigentes occidentales estuvieron reunidos durante cerca de una hora en el Elíseo, acompañados por sus ministros de Asuntos Exteriores.

De Gaulle convocó entonces una reunión para las tres de la tarde, «para comenzar a considerar las cuestiones de la Conferencia». Macmillan aceptó inmediatamente la invitación; Eisenhower también, pero señalando que consideraba tal invitación, «transmitida por el general De Gaulle, anfitrión y presidente de la Conferencia, como significando que la reunión convocada sería una sesión oficial de la Conferencia a la cumbre..., y que, aceptando esta invitación, el Presidente de los Estados Unidos estima que la aceptación por el representante soviético de igual invitación para asistir a esta reunión constituiría una retirada por su parte de las "condiciones" que han sido ya rechazadas por el Presidente de los Estados Unidos»; Jruschev recibió la invitación cuando estaba de excursión con el mariscal Malinovski en las orillas del Marne, y a las doce y media de la mañana regresaría a París, no sin manifestar a los periodistas que si el Presidente de la República francesa deseaba verle, iría al Elíseo.

Minutos antes de las tres de la tarde llegaron al palacio del Elíseo primero Macmillan, e inmediatamente Eisenhower; pero Jruschev no aparecía. Parece ser que de la Embajada soviética se advirtió a De Gaulle que Jruschev iría al Elíseo siempre que no se tratase de una sesión de la Conferencia de alto nivel, esto es, que sólo aparecería si era para recibir las excusas de Eisenhower. Ante esto, a las cinco de la tarde el Presidente francés publicó un comunicado declarando que la reunión no podía celebrarse por ausencia del Jefe del Gobierno soviético.

Todavía a las seis y media de la tarde, a petición del ministro británico de Asuntos Exteriores, Lloyd, su colega soviético, Gromyko, le visitaría durante hora y cuarto en la Embajada del Reino Unido en París. Pero la actitud soviética se mantendría inalterable. Y a las nueve y media de la noche volverían a reunirse en el Elíseo los tres dirigentes occidentales, y una hora más tarde sería hecho público el siguiente comunicado: «El Presidente de los Estados Unidos, el Presidente de la República francesa y el Primer Ministro del Reino Unido toman nota del hecho de que a causa de la actitud adoptada por el Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética no ha sido posible comenzar, en la Conferencia de alto nivel, el examen de los problemas que habían acordado serían discutidos entre los cuatro Jefes de Estado o de Gobierno. Lamentan que estas discusiones, tan importantes para la paz mundial, no hayan podido celebrarse. Por su parte, continúan convencidos de que todas las cuestiones en suspenso

deben ser resueltas no por el uso o la amenaza de la fuerza, sino pacíficamente y por medio de negociaciones. Están dispuestos a tomar parte en tales negociaciones en el futuro, en cualquier momento que parezca adecuado.»

Terminaba así la tan esperada Conferencia de alto nivel de París, es decir, quedaba non nata, pues formalmente no había comenzado la Conferencia propiamente dicha. La reunión de los Cuatro, rodeados cada uno de cinco colaboradores en torno a la mesa redonda construida especialmente para la sala del Consejo de Ministros del Eliseo fué una mera reunión preliminar, en la cual, después de las palabras de saludo del Presidente De Gaulle, Jruschev leyó la declaración que poco después se haría pública y que ya conocían De Gaulle y Macmillan desde la víspera, e inmediatamente Eisenhower leyó su declaración, al término de la cual parece que Jruschev se limitó a hacerle una pregunta: «¿Por cuánto tiempo es válida la suspensión de los vuelos?», a la que Eisenhower contestaría sólo: «En tanto yo sea Presidente». Y De Gaulle y Macmillan tuvieron que limitarse a pedir al Jefe del Gobierno soviético, sin éxito, que no publicara su declaración, que prácticamente terminaba con la Conferencia antes de comenzar. Las esperanzas que aún se abrigan con las veinticuatro horas de reflexión propuestas por De Gaulle y las gestiones de la Delegación británica se frustrarían plenamente ante la rígida e intransigente actitud soviética, firme en sostener su ultimátum al Presidente Eisenhower como cuestión previa a la Conferencia.

Quedaban sólo las despedidas entre sí de los Cuatro, salvo Jruschev y Eisenhower, que no habrían de encontrarse más.

El Presidente norteamericano, decepcionado y personalmente herido por la actitud del Jefe del Gobierno soviético, saldría de Orly en la mañana del 19 de mayo hacia Lisboa, visitando oficialmente Portugal, desde donde envió una carta al Jefe del Estado español, en la que el general Eisenhower le decía al general Franco: «Como resultado de una cadena de acontecimientos producidos dentro de la Unión Soviética y que aún no resultan enteramente claros para mí en este momento, el señor Jruschev debe de haber llegado a la conclusión, antes de su viaje a París, de que cualquier progreso en una reunión en la cumbre sería indeseable o imposible. En consecuencia, se lanzó a una campaña premeditada, inclusive antes de que comenzase la Conferencia, para asegurar el fracaso de la misma y conseguir que la responsabilidad de dicho fracaso recayese sobre el Occidente, y en particular sobre los Estados Unidos. El señor Jruschev aprovechó como pretexto el hecho de haber abatido un avión civil desarmado de los Estados Unidos que se dedicaba a una misión de reconocimiento, y que, según se ha admi-

tido, volaba sobre territorio soviético. No necesito asegurarle que esta actividad no suponía un acto de provocación deliberada, ni mucho menos de agresión; constituía simplemente un aspecto de un sistema de información necesario para la defensa contra un ataque por sorpresa por parte de una nación que se jacta de poseer la fuerza de "enterrarnos" a todos y que rodea obstinadamente todas sus actividades del más estricto secreto.» Cartas similares serían posteriormente dirigidas por Eisenhower a otros Jefes de Estado. Pero la primera enviada lo fué al Generalísimo Franco, que algunos días antes había declarado en Gerona, en un importante discurso: «Nos llegan hoy noticias que pretenden conmover al mundo entero porque un avión ha sobrevolado en tiempo de paz el territorio de otra nación, buscando, a lo que parece, información. Pero esta precaución defensiva, ¿qué representa en comparación con la acción permanente de espionaje y de subversión contra la paz interna de las demás naciones llevada a cabo por las Embajadas y Legaciones soviéticas..., o al lado de la conspiración permanente contra la paz que vemos en tantas naciones de Asia, Africa y América?»

El mismo día 19 saldría Jruschev para Berlín-Este, no sin antes celebrar en el Palacio de Chaillot, el 18, la más animada conferencia de Prensa de todos los tiempos, en la que no faltaron los abucheos y los insultos, los silbidos y los puñetazos sobre la mesa.

Tales fueron los hechos, objetivamente expuestos. Tratemos ahora de ofrecer algunas explicaciones sobre lo sucedido.

## I

Del 17 de julio al 2 de agosto de 1945 se reunieron en Cecilienhof, cerca de Postdam, el Presidente de los Estados Unidos, Truman, el Presidente del Consejo soviético, Stalin, y el primer ministro británico, Churchill primero y Attlee después. Esta reunión sería la última de las Conferencias de guerra entre los Tres Grandes. Nikita Jruschev no figuraría en ella entre los más destacados dirigentes soviéticos. Era ya entonces miembro del Politburó y del Presidium del Soviet Supremo, y desempeñaba la presidencia del Consejo de Ministros de Ucrania. Pero no le correspondía ninguno de los primeros papeles exteriores en la U. R. S. S. stalinista.

Diez años después, en la primera reunión de la postguerra de los Jefes de las Cuatro Potencias, celebrada en Ginebra en el verano de 1955, si bien las figuras capitales fueron Eisenhower, Bulganin, Eden y Faure, ya se encontraba Jruschev en una posición cada vez más destacada entre la

Delegación soviética. Como escribió Raymond Cartier (*Paris Macht*, 27 mayo 1960), allí descubrió Jrushev, a la vez, la atmósfera de las grandes reuniones internacionales y la de Occidente.

Un lustro más tarde Jrushev sería ya plenamente el número uno de la Unión Soviética. Y la reunión de una nueva Conferencia de alto nivel le habría de dar el espaldarazo definitivo de primer representante de la U. R. S. S., de uno, y no el menor, de los Cuatro Grandes mundiales.

Desde hace dos años, el Jefe del Gobierno soviético ha venido buscando un acuerdo con los occidentales para volverse a reunir en Conferencia cumbre, venciendo pacientemente las resistencias que éstos ofrecían recordando la falsa distensión ginebrina. Eisenhower, Macmillan y De Gaulle terminaron por acceder, mas exigiendo una reunión previa de los ministros de Asuntos Exteriores para preparar el temario de la Conferencia al vértice, que se celebraría en Ginebra de mayo a julio de 1959, sin que se realizara ningún progreso que ciertamente justificara la posterior reunión de los Jefes de Estado o de Gobierno. No obstante, Jrushev insistió ofreciendo la «coexistencia pacífica» a Occidente, como prueba de su disposición para llegar a acuerdos sustanciales que pusieran término a la «guerra fría».

Fué ante tan reiterados esfuerzos del Jefe del Gobierno soviético cómo los occidentales accedieron a reunirse con él en Conferencia cumbre en el otoño de 1959, fecha que luego sería aplazada, a petición del Presidente De Gaulle, fijándose, en definitiva, el mes de mayo de 1960. Y desde el verano de 1959, recibiendo a Macmillan y al vicepresidente Nixon en Moscú, y visitando a Eisenhower en los Estados Unidos, así como a Nehru en la India y a Sukarno en Indonesia, y no muchos días antes de la fecha convenida para comenzar la Conferencia de alto nivel, a De Gaulle en París, todo daba la impresión de que Jrushev trataba de asegurar el éxito de esta reunión, que habría de servirle para dar validez y vigencia generales a su doctrina de la «coexistencia pacífica».

Y no es que faltaran incidentes que pusieran una nota sombría en tal plan, pero no dejó Jrushev de proclamar en varias ocasiones sus propósitos de acudir a la Conferencia. Así el 25 de abril de 1960, en Bakú, si bien manifestó el Jefe del Gobierno soviético una firme posición polémica frente a los Estados Unidos, reiteró que iría a París «con la intención más sincera no sólo de contribuir al saneamiento general de la situación internacional, sino también de hacer todo lo posible para llegar a una comprensión mutua con los jefes» occidentales. Luego, tras el incidente del «U-2» el 1 de mayo, en la sesión del Soviet Supremo, cuatro días después, declararía Jrushev que tenía la impresión de que tal acto había sido calculado para coincidir

con la Conferencia cumbre, y que aunque no dudaba de «la sinceridad del deseo de paz del Presidente Eisenhower», los medios del Pentágono querían seguir la «guerra fría». «Sin embargo—añadió—, no debemos dejarnos influir por esto en nuestros actos. Es preciso no dejarse guiar por los sentimientos, sino por la razón... ¿Cómo juzgamos la intrusión del avión americano, no única, sino reiterada? ¿Cómo considerarla: como un presagio de guerra, de agresión...? El Gobierno soviético piensa que por el momento no deben sacarse tales conclusiones.» Y terminó diciendo que «la Unión Soviética irá a la Conferencia de París con un corazón puro, animada de buenas intenciones y no economizará ningún esfuerzo para llegar a un acuerdo mutuamente aceptable». Incluso en su discurso de clausura de la sesión del Soviet Supremo, el 7 de mayo, Jruschev rechazaría la opinión occidental de que quería hacer fracasar la reunión de los Jefes de Gobierno, y admitiría «perfectamente que el Presidente Eisenhower ignoraba que un avión hubiera sido enviado así a la Unión Soviética». Mas cinco días después, en su visita a la exposición de los restos del «U-2» en el parque Gorki, el jefe del Gobierno soviético se mostraría «escandalizado de conocer que el Presidente Eisenhower aprueba los vuelos de espionaje por encima de la U. R. S. S. Naturalmente, mi opinión sobre el Presidente ha cambiado mucho», aunque añadiría: «Algunos dicen que la Conferencia no se celebrará. En este caso, yo emprendería la vuelta, pero si fuere así no será falta nuestra. Después de todo, hemos vivido bien sin Conferencia cumbre durante cuarenta y dos años, y viviremos bien sin ella todavía durante cien años. El éxito de esta Conferencia no depende de nosotros solos, sino de nuestros interlocutores. Estamos dispuestos a partir el sábado para trabajar por la distensión y la paz.» Y terminaría Jruschev sus declaraciones, ya en vísperas de la fecha señalada para la reunión de París: «De todas maneras, yo me coloco entre los optimistas inveterados, incluso después del incidente del 1 de mayo.»

Ante todo ello, al llegar a París el 14 de mayo el Jefe del Gobierno soviético, no obstante el incidente del «U-2» y la torpe actitud norteamericana en este asunto, nadie supuso tan siquiera que la Conferencia tan ansiosamente deseada por Jruschev podría dejar de celebrarse. Como indicaría *Le Monde* el miércoles 18 de mayo, «Jefes de Estado, ministros, embajadores, expertos y periodistas de todas las escuelas, nadie en Occidente ni en los países neutralistas esperaban la explosión que deliberadamente realizó Jruschev el lunes en el Eliseo». Y aún en Oriente nadie la predijo, al menos en la U. R. S. S.

Pues el 12 de mayo se decía en el soviético *Novoe Vremia*: «La Con-

ferencia a la cumbre será la prueba histórica. Esta Conferencia es más necesaria que nunca. Hay demasiados peligros de explosión en el mundo como para que nos resignemos al «slogan»: «Dejemos las cosas como están». La Conferencia a la cumbre debe conducir a decisiones concretas para reducir la tensión en el mundo.» El 15 de mayo, un artículo de *Izvestia*, firmado por Adjubey, el yerno de Jruschev, afirmaba: «Las conversaciones entre Jefes de Estado en la Conferencia a la cumbre no podrán ser normales sino en la medida en que ninguna Potencia intente imponer a las demás métodos de conversaciones malas o indignas... Se supone que en la Conferencia a la cumbre ninguna persona, o ningún grupo de personas, se presentará bruscamente con un proyecto dictatorial o con un carácter de ultimátum, cualquiera que sea, que tenga por objetivo el imponer su voluntad a los demás... Los pueblos del mundo entero quieren que todos los problemas que inquietan al mundo sean resueltos en una atmósfera calma y razonable. Quieren que los Jefes de Gobierno de las Grandes Potencias se dejen guiar por la razón y adopten una línea de conducta en interés del refuerzo de la paz sobre la tierra.» Y todavía el mismo día 15, en que ya comenzaban a filtrarse en París informaciones sobre las exigencias de Jruschev, se decía por Radio Moscú: «Es evidente que resulta difícil pedir a una sola Conferencia a la cumbre resuelva todos los problemas urgentes en suspenso, en primer lugar el del desarme. Pero es necesario que los Cuatro Grandes lleguen, al menos, a adoptar un mínimo de medidas que aseguren una probabilidad de éxito a las futuras Conferencias de alto nivel.» Y aún al día siguiente, en el periódico de Pekín *Renmin Ribao*, se diría: «El pueblo chino sostiene firmemente la actitud positiva adoptada por la Unión Soviética para llegar a la distensión y arreglar los principales problemas internacionales en suspenso... Desde 1947 los Estados Unidos se han opuesto sistemáticamente a los principios de consultas Este-Oeste al nivel de los Jefes de Gobierno. Ha sido gracias a los esfuerzos de los pueblos pacíficos, y más particularmente al de la Unión Soviética, como la Conferencia de las Cuatro Potencias se reúne hoy. El pueblo chino, aún no haciéndose ninguna ilusión sobre los imperialistas, conducidos por los Estados Unidos, sin embargo espera sinceramente que al exponer sus puntos de vista respectivos en la Conferencia de París, los Jefes de Gobierno de las Cuatro Potencias contribuirán a favorecer la causa de la paz mundial.»

No obstante todo esto, el 15 de mayo ya tenía redactada Jruschev en París su declaración, que, al menos, era fácil produjera el fracaso de la Conferencia cumbre, y a lo más, significaba conscientemente su aborto. El ultimátum soviético, tal como fué presentado, no podía ser aceptado por el

Presidente Eisenhower, por mucha que fuera su buena disposición en aras de la coexistencia pacífica. Además, se vió claramente que Jrushev no quería negociar, sino explotar una situación para producir la ruptura terminante y estruendosa. Eisenhower hizo enmienda honorable, declarando que los vuelos sobre la U. R. S. S. no continuarían, y tal decisión constituía ya un buen triunfo para la Unión Soviética ante la opinión mundial y le daba a Jrushev una posición firme para continuar en París con la Conferencia. Mas el Jefe del Gobierno soviético lo que demostró, sin duda, querer fué el hundimiento de la reunión de alto nivel, que tanto había trabajado para que se celebrara. Y para este fin utilizó artera y tercamente el incidente del «U-2», desorbitándolo al máximo.

## II

El incidente del «U-2» es claro que no fué más que un pretexto utilizado por Jrushev para hacer abortar la Conferencia de alto nivel, y no la causa productora de tal aborto.

Cierto que la posición norteamericana ante este incidente sería torpemente inadecuada. Cuando Jrushev anunció ante el Presidium del Soviet Supremo, el 5 de mayo, que había sido derribado un avión estadounidense sobre territorio soviético, la «National Aeronautics and Space Administration» norteamericana publicó un comunicado oficial declarando que un avión «U-2», utilizado para la observación meteorológica de la alta atmósfera, se había perdido, siendo posible que hubiera traspasado las fronteras soviéticas. Al hacer Jrushev una nueva declaración dos días después, en la que descubría que el avión había sido encontrado con material fotográfico a bordo y su piloto, Francis Powers, capturado vivo, el Departamento de Estado norteamericano tuvo que reconocer, el 7 de mayo, que «en el curso de los esfuerzos hechos para obtener informaciones» el «U-2» había atravesado deliberadamente las fronteras soviéticas, añadiéndose que ante el peligro de un ataque por sorpresa, una vez que la U. R. S. S. no aceptara la propuesta norteamericana de «cielo abierto», en 1955, tales aviones «civiles no armados efectúan desde hace cuatro años vuelos a lo largo de las fronteras del mundo libre». Hábilmente, los soviéticos, tras su estudiada imprecisión inicial, hicieron confesar a los norteamericanos la falta cometida. Dos días después, el Secretario de Estado, Herter, declaró todavía más francamente: «El Gobierno de los Estados Unidos faltaría a sus obligaciones no sólo hacia el pueblo americano, sino aún hacia los pueblos



libres del mundo entero, si no tomara, en ausencia de la cooperación soviética, las medidas que le son posibles de adoptar unilateralmente para disminuir y superar este peligro de ataque por sorpresa. De hecho, los Estados Unidos no han retrocedido ni retrocederán ante esta responsabilidad. Conforme a la ley de 1947 sobre la Seguridad nacional, el Presidente ha dado, después de su llegada al Poder, directrices para reunir por todos los medios posibles las informaciones necesarias para la protección de los Estados Unidos y del mundo libre contra el ataque por sorpresa, así como para permitirles el preparar eficazmente su defensa. En los términos de esta dirección, han sido establecidos y puestos en ejecución planes que comprenden misiones de amplia vigilancia aérea realizadas por aparatos civiles no armados, que tienen normalmente un carácter periférico, pero que proceden ocasionalmente por vía de penetración. Las misiones precisas de estos aparatos civiles no armados no están sometidas a la autorización presidencial.»

Hasta ahora se había producido una confesión forzada del verdadero carácter de los vuelos del «U-2», obligando al Departamento de Estado de Washington a rectificar el comunicado de la N. A. S. A. El Presidente Eisenhower explicaría esto en su discurso del 25 de mayo: «En cuanto a la declaración inicial de nuestro Gobierno respecto a tal vuelo, fué publicada para proteger al piloto, su misión y nuestras actividades de información en un momento en que los hechos verdaderos eran todavía inciertos. Nuestras primeras informaciones sobre el fracaso de esta misión no revelaban si el piloto estaba todavía vivo, si estaba tratando de evadirse o de evitar un interrogatorio, o si el avión y el piloto habían sido destruidos. La protección de nuestro sistema de información y la del piloto y el secreto que rodeaba la misión del avión parecían todavía imperiosamente necesarias... Por estas razones fué publicada una declaración conocida en los medios de información como «declaración para cubrir». Fué publicada sobre la base de presunciones que seguidamente se revelaron inexactas. En consecuencia, cuando la cualidad del piloto fué definitivamente establecida y no siendo ya posible evitar se revelara el secreto, los hechos fueron comunicados en detalle.» Dificilmente el Departamento de Estado norteamericano podría negar, ante las pruebas que poseían los soviéticos, el hecho de que el «U-2» realizaba una misión de información o espionaje. Pero pudo no confesarlo directa y francamente, dando otra dimensión al incidente, y, al menos, no implicar la responsabilidad del Presidente de los Estados Unidos.

Porque hasta este momento Jruschev se había mostrado muy comedido. El 5 de mayo el Jefe del Gobierno soviético había dicho que no dudaba de «la sinceridad del deseo de paz del Presidente Eisenhower», y dos

días después manifestó admitir «perfectamente que el Presidente Eisenhower ignoraba que un avión hubiera sido enviado así a la Unión Soviética».

Pero el 11 de mayo Eisenhower endosaría en Washington toda la responsabilidad, diciendo que «como ha indicado el Secretario de Estado en su reciente declaración, he dado desde mi llegada al Poder instrucciones para que se recogieran por todos los medios posibles las informaciones necesarias para proteger a los Estados Unidos y al mundo libre contra el ataque por sorpresa y le permitiera preparar eficazmente su defensa».

Desde este momento Jruschev no podía dejar de atacar violentamente a Eisenhower, al que hasta entonces había tratado de cubrir. Por eso dijo el día 12 que su opinión sobre el Presidente había cambiado mucho.

Ciertamente Eisenhower ha ofrecido muy buenas razones para justificar los vuelos del «U-2», mostrando convincentemente la licitud del acto en cuanto autodefensa: «Nadie quiere otro Pearl Harbor. Esto significa que nos es necesario estar al corriente de las fuerzas militares y de los preparativos militares en todo el mundo, particularmente de las fuerzas capaces de desencadenar ataques masivos por sorpresa. El secreto de que se rodea la Unión Soviética vuelve esto esencial... Estas actividades constituyen una necesidad desagradable, pero vital» (11-V). Y con posterioridad manifestaría: «Expuse entonces claramente: 1.º, que nuestro programa de reconocimiento aéreo había sido emprendido con mi aprobación; 2.º, que el Gobierno norteamericano está obligado, por un medio u otro, de mantenerse al nivel de los soviéticos en el plano de las actividades militares, dado que el Gobierno soviético está comprometido desde hace años en actividades de espionaje en nuestro país y el mundo entero» (25-V).

Nadie puede discutir hoy que una Superpotencia tiene que mantener un servicio de información y trazar unas redes de espionaje lo más completas y eficaces que sea posible, incluida la observación aérea de territorio extranjero, en cuanto medida de seguridad. Toda opinión contraria sería hipócrita o demasiado ingenua. Y no se olvide que el espionaje está reconocido y regulado por el IV Convenio aprobado en la Conferencia de La Haya el 18 de octubre de 1907 (arts. 29-31), si bien éste se refiere a las leyes y costumbres de la guerra terrestre. Mas ¿hay quien sostenga que el mundo vive hoy en estado de paz, aun no habiendo guerra formalmente declarada ni operaciones militares abiertas? En plena «guerra fría», ¿es que no debe aplicarse, «mutatis mutandis», la regulación del IV Convenio de La Haya, adecuada a las nuevas circunstancias de la Gran Guerra Psicológica? Por otra parte, no se olvide que la Convención de Chicago de 7 de diciembre de 1944 dispone que el sobrevuelo del territorio de los Estados ligados por

la Convención es libre para las aeronaves comerciales o privadas, aun cuando la U. R. S. S. no es parte en esta Convención. Pero en ella se previeron vuelos por el espacio aéreo y no por el espacio extra-atmosférico. Y los «U-2» vuelan a más de 20.000 metros. Por otra parte, ¿no están cruzando sin incidentes el territorio de todos los Estados los satélites artificiales soviéticos? Muy razonablemente dijo De Gaulle el 16 de mayo que «lo que es verdad para los aviones, lo es también para los satélites. Y en esta hora un satélite soviético pasa cada día por el cielo de Francia; vuela a una altitud mucho más elevada de lo que podría hacerlo un avión, pero «il le survole tout de même»... En realidad, todos estos ingenios tienen hoy la posibilidad de fotografiar los territorios de todos los países y también la posibilidad de destrucciones terribles». Y en efecto, el satélite norteamericano «Tiros», antes del incidente del «U-2», había hecho miles de fotografías aéreas, y el Pentágono prepara el lanzamiento del satélite «Samos» para finales de 1960, que sobrevolará toda la Tierra como un gran espía y seguro informador de lo que suceda sobre la superficie terrestre, aún desde 500 kilómetros de altitud, pudiendo fotografiar con todo detalle cada metro cuadrado del territorio de la U. R. S. S. en que pueda haber bases de lanzamientos, aeródromos, fábricas...

Pero aun siendo fuertes los anteriores argumentos, hay que decir que políticamente hablando, una cosa es el mantener servicios de espionaje y otra muy distinta el confesar que se está espionando. Como dijo el *New York Times* del 15 de mayo: «Una de las leyes no escritas del espionaje es que jamás se le admite. En efecto, admitir que uno se dedica al espionaje sería arriesgarse a producir una tensión insoportable a las relaciones internacionales, suprimiendo la fachada y las apariencias esenciales de la diplomacia. Es, según parece, la observación de esta ley no escrita la que condujo a Washington a publicar su inexacto desmentido cuando estalló el incidente del avión.» Y Walter Lippmann escribiría en el *New York Herald Tribune* tres días antes: «La regla cardinal, que hace tolerable el espionaje en las relaciones internacional, es que no se confiesa jamás. Por esta razón, jamás se le defiende... Debíamos haber obedecido esta regla. Cuando Jrushev hizo su primera declaración respecto al avión, no habríamos debido mentir. El Gobierno habría debido decir que procedería a una encuesta y que tomaría inmediatamente las medidas apropiadas. Después hubiéramos debido mantener un frío silencio.»

Por otra parte, es clara la inoportunidad del vuelo del «U-2» el 1 de mayo de 1960, poco antes de comenzar la Conferencia de alto nivel. En el *New York Times* del 11 de mayo se ha escrito que el incidente del «U-2»

fué una «combinación única de mala política, mala suerte y juicio erróneo. Mala política fué la decisión de continuar los reconocimientos aéreos sobre la Unión Soviética hasta la misma víspera de la Conferencia en la cumbre; la mala suerte ha sido que ese extraordinario avión de reconocimiento que es el «U-2» haya sido derribado y hecho prisionero su piloto; el juicio erróneo ha sido las mentiras absurdas y las medias explicaciones que siguieron a las revelaciones de Jruschev, espectáculo degradante». Eisenhower ha pretendido justificar en su discurso del 25 de mayo la continuación de estos vuelos, invocando, no muy exactamente, el precedente de Pearl Harbor: «La cuestión era saber si convenía parar el programa y renunciar así a reunir informaciones importantes que eran esenciales y que tenían todas las probabilidades de no poder ser obtenidas en una fecha posterior. El programa continuó. La simple verdad es la siguiente: cuando una nación tiene necesidad de proseguir sus actividades de información, no hay momento en que pueda apartarse de la vigilancia. Pearl Harbor nos ha enseñado que incluso la negociación podía ser utilizada para disimular los preparativos de un ataque por sorpresa.» Pero no aparece tan vital para los Estados Unidos que continuarán sus vuelos los «U-2», no obstante las declaraciones de Jruschev en Bakú, cuando iba a comenzar la Conferencia de alto nivel, que el Jefe del Gobierno soviético quería consagrar a la «coexistencia pacífica». Bien está, políticamente hablando, la desconfianza ante el enemigo, pero no tanta.

Y no menos inoportunas fueron las declaraciones de Eisenhower recabando para sí toda la responsabilidad. Hubiera sido mejor que el Presidente norteamericano se cubriera con las palabras de su Secretario de Estado: «Las misiones precisas de estos aparatos civiles no armados no están sometidas a la autorización presidencial.» Y ello tanto más cuanto que lo más probable es que Eisenhower no conociera el programa de vuelos de los «U-2», organizado por la «Central Intelligence Agency», que dirige Allen Dulles, para establecer un mapa de objetivos que pueda permitir la destrucción atómica de los puntos exactos de los cuales puede partir una agresión soviética contra los Estados Unidos. Walter Lippmann se hizo eco de un rumor expandido por Washington aquellos días, según el cual Eisenhower ignoraba el vuelo del «U-2»; y al preguntarse el tan destacado internacionalista norteamericano quién lo había autorizado, llegó a escribir: «Si la autoridad que ordenó penetrar dentro del territorio soviético se encuentra fuera de Washington, ¿cómo sabemos nosotros y cómo sabrá el mundo que la autoridad responsable para lanzar un día un golpe militar no se encuentra también fuera de Washington? Al negar que hubiese autorizado el

vuelo del «U-2», la Administración reconoce su incompetencia. No puede haber excusa aceptable para un vuelo de esta naturaleza. El Presidente tiene que disipar toda duda sobre la autoridad de mando en Washington en estas peligrosas situaciones. El honor, el propio respeto y la confianza del país se lo exigen.» Acaso ante tales exigencias—no menos inoportunas—Eisenhower no tuvo más remedio que desmentir oficialmente tales rumores y recabar para sí toda la responsabilidad.

Finalmente, el endoso que parece hizo el Presidente Eisenhower de las imprudentes alusiones de Herter respecto a que los vuelos de reconocimiento sobre la U. R. S. S. seguirían, fué la más torpe e inoportuna actitud que pudo haber adoptado, sobre todo cuando precisamente Eisenhower iba a interrumpir tales actividades aéreas desde el primer momento. En su discurso del 25 de mayo diría Eisenhower que, «de hecho, antes de abandonar Washington había dado la orden de que estos vuelos fueran suspendidos. Su utilidad estaba netamente comprometida. Además, la continuación de esta actividad particular en las nuevas circunstancias no podían más que complicar las relaciones de algunos de nuestros aliados con los soviéticos». Aún aceptando la aclaración hecha por Eisenhower de que nunca su Secretario de Estado, ni él mismo, habían dicho que tales vuelos continuarían, ello no aparece muy claro, y en todo caso la reacción soviética lo demostrará suficientemente, en especial a través del discurso del mariscal Malinovsky en Moscú el mismo día 9. Como la posición del Departamento de Estado no estaba muy firme ante las presiones del Pentágono y la libertad de movimientos de la Agencia Central de Información, hubiera sido necesario que el Presidente declarara en forma expresa y terminante que los vuelos de los «U-2» serían inmediatamente suspendidos. Si Eisenhower adoptó tal decisión, según ha dicho, antes de abandonar Washington, debió entonces hacerla pública. Pero—dirá en su discurso del 25 de mayo—«no quise que esta decisión fuese hecha pública en tanto que no hubiera tenido posibilidad de divulgarla personalmente en la Conferencia». Error grande, pues aunque, efectivamente, informó a Jruschev en París de la suspensión de los vuelos, teniendo que reconocer constitucionalmente que ello sólo mientras durase su mandato presidencial, tal explicación llegaba tardía, pues el Jefe del Gobierno soviético seguía ya un plan para hacer abortar la Conferencia, a menos que el Presidente de los Estados Unidos aceptara no sólo el reconocimiento forzado de esta condición, sino, además, condenara los vuelos del «U-2», presentara excusas públicas en nombre de los Estados Unidos y sancionara a todos cuantos hubieran tenido responsabilidades en tal política de información.

¿Debió Eisenhower aceptar en París el ultimátum que le presentó Jruschev? El senador John Kennedy, candidato demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos, declaró en su discurso de Portland el 17 de mayo que si hubiera estado en el puesto del Presidente Eisenhower «habría expresado pesares» si Jruschev le hubiera pedido presentara excusas, como se lo pidió a Eisenhower. Por su parte, Adlai Stevenson diría dos días después en Chicago que la diplomacia de la Administración Eisenhower se sometió al «juego de Kruschev. Si Jruschev quería sabotear la Conferencia de alto nivel, nuestro Gobierno le hizo posible tal tarea... No podemos pasar la esponja sobre esta dolorosa historia en nombre de la unidad nacional». Mas cualquiera que sea el sentido de estas afirmaciones preelectorales de los dirigentes demócratas norteamericanos, no cabe duda de que—como decía el *Washington Post* del 18 de mayo—«si las excusas del Presidente Eisenhower hubieran podido salvar la posibilidad de negociaciones constructivas «a la cumbre», puede ser que hubiera valido la pena el presentarlas. Pero Jruschev volvió esto imposible, volando ostensiblemente todos los puentes. Lo que le interesaba era desacreditar al Presidente y humillar públicamente a los Estados Unidos». Según el acertado decir del periódico libanés *L'Orient* del 17 de mayo: «Jruschev, sin duda, tomó al Presidente Eisenhower por un Bulganin o un Molotov al pedirle hiciera su autocrítica a propósito del avión "U-2".» En conclusión, digamos con el *New York Times* del 21 de mayo: «Eisenhower no regresa de la Conferencia de alto nivel ni como un héroe ni como un conquistador—la manera como el Gobierno norteamericano llevó al comienzo el incidente del «U-2» comporta demasiados errores inexcusables—, pero vuelve como un Jefe de Estado que había ido a París con plena buena fe para buscar la paz y se encontró allí simple y brutalmente con un ultimátum que no le era posible aceptar.»

Naturalmente, ésta no ha sido la opinión de Jruschev, que en su conferencia de Prensa del palacio de Chaillot declaró que Eisenhower sólo había prometido la suspensión provisional de los vuelos hasta enero de 1961 y no la renuncia a una «política agresiva», añadiendo sarcástico Jruschev: «Según la declaración del Presidente Eisenhower, la solución de la cuestión de saber si los aparatos militares norteamericanos van o no a volar por encima de la U. R. S. S. no depende sino de él. ¡Qué seguridad! Y ahora declara que no volarán. ¡Qué magnanimidad...! Si esos aparatos podrán volar sobre nuestro territorio lo decidimos nosotros y de una manera bien precisa: los derribaremos.» Y el diario moscovita *Izvestia* decía el 22 de mayo: «Después del incidente del «U-2», Jruschev hizo todo lo que estaba en su poder para salvar la autoridad del Presidente Eisenhower. El Presi-

dente de los Estados Unidos rechazó, sin embargo, esta posibilidad de salvar su autoridad y de corregir los errores de la política americana... Incluso en el momento en que el Presidente de los Estados Unidos... intentó justificar de una manera bufonesca la política de los Estados Unidos, disipando así las últimas ilusiones sobre el alcance de su papel personal, el Jefe del Gobierno soviético le ha dejado la posibilidad de salir honorablemente de este "impasse", a saber, excusarse, castigar a los culpables y dar la seguridad de que hechos semejantes no se repetirán. A guisa de respuesta, los Estados Unidos han propuesto una especie de absurda moratoria sobre las operaciones de espionaje hasta la elección del nuevo Presidente de los Estados Unidos y ha intentado de una forma todavía más ridícula el echar sobre la Unión Soviética la responsabilidad del fracaso de la Conferencia de alto nivel. ¿Por qué el Presidente Eisenhower no ha aprovechado la ocasión de salvar su honor que le ha ofrecido Jrushev? El general Eisenhower no ha aprovechado esta posibilidad, porque detrás de la política imperialista y el programa de espionaje se encuentra el Pentágono, organismo militar de los más poderosos monopolios. Eisenhower, general de los Estados Unidos, no ha podido exponerse a los golpes de este Estado Mayor del imperialismo mundial.»

¿Cuál fué la opinión a este respecto de Macmillan y De Gaulle? Según José Alsop (*New York Herald Tribune*, 23-V-60), el «premier» británico era netamente partidario de gestos, de concesiones y de excusas para persuadir a Jrushev a que se decidiera a entablar negociaciones, mientras que el Presidente francés se mantuvo firme como una roca y «con fría imperturbabilidad impidió que se llegara en París a un resultado mucho más deplorable que al que finalmente se llegó». Y añade el columnista norteamericano que el punto de vista del Presidente Eisenhower no era inmensamente diferente del de Macmillan, si bien la inmensa mayoría de sus colaboradores compartió la opinión de De Gaulle. «Esta opinión era, simplemente, que Jrushev, no se contentaría con nada que no fuera una capitulación total, que sería fatal.» En su conferencia de Prensa del Palacio de Chaillot, expresamente Jrushev manifestaría su reconocimiento a Macmillan «por su participación y aplicación de las que hizo prueba para que la Conferencia se celebrase». Sin embargo, añadiría Jrushev: «No puedo dejar de expresar un cierto pesar. Si el Presidente de la República francesa y el primer ministro de la Gran Bretaña hubieran adoptado una actitud basada en una evaluación objetiva de los hechos, y no se hubieran dejado influir por su posición de aliados; si hubieran demostrado más resolución, entonces es posible que

los dirigentes de los Estados Unidos hubieran sido obligados a condenar sus actividades agresivas.»

Ahora bien, ¿es que realmente el incidente del «U-2» revistió tanta importancia para la Unión Soviética que Jruschev tuvo que presentarlo en primer plano aún a riesgo de que no se celebrara la Conferencia de alto nivel? ¿No sería más bien que el «U-2» fué un incidente que Jruschev tuvo que aprovechar como pretexto para abortar tal Conferencia, que no debía celebrarse por causas propias del mundo soviético?

### III

Como ha escrito el cronista militar del *New York Times*, Hanson W. Baldwin, el programa de reconocimiento aéreo sobre la Unión Soviética había sido conocido y autorizado por el Presidente Eisenhower, así como por el Consejo de Seguridad nacional. La Agencia Central de Información era el organismo director. Este programa de los «U-2» también era conocido desde hace años por algunos dirigentes del Congreso norteamericano y altos funcionarios de Washington (15-V).

El «United-2», creado por Lockheed para la observación desde gran altitud, es probablemente «el avión de reconocimiento más extraordinario de la Historia». De grandes alas, es capaz de elevarse a 75.000 pies y volar a más de 2.000 kilómetros por hora durante largo tiempo. Su estructura comporta materiales ligeros, que le permiten pasar casi desapercibido de las pantallas de radar. Lleva un equipo fotográfico de largo alcance. Lo pilotan antiguos oficiales que ya no pertenecen a la aviación militar norteamericana.

Los «U-2» operaban desde numerosas regiones, desde Alaska, las islas Aleutianas y Okinawa, a Turquía, Africa del Norte y probablemente Alemania. Estos vuelos de penetración en el espacio aéreo soviético se han venido haciendo desde hace cinco años, y normalmente profundizaban unos 900 kilómetros sobre territorio de la U. R. S. S., si bien el pilotado por Powers alcanzó los 2.500 kilómetros. Gracias a los «U-2», los Estados Unidos han obtenido importantes informaciones sobre las rampas de lanzamiento soviéticas cerca de los mares Caspio y Aral, de los aeródromos de la U. R. S. S. y de otros objetivos militares importantes, que han sido fotografiados. Seguramente entre cinco y ocho «U-2» fueron perdidos o sufrieron accidentes antes del 1 de mayo de 1960, pero ningún aparato ni piloto cayeron en poder de los soviéticos antes que Powers.

Sin embargo, los dirigentes soviéticos conocían perfectamente estos



vuelos y su carácter. La *Pravda* del 14 de mayo de 1960 recordó que una revista norteamericana, *Science and Life*, había publicado un artículo en junio de 1959 intitulado «La guerra atómica no estallará», en la cual su autor, J. Vicent, decía: «Aviones "Lockheed U-2», aparatos de reconocimiento que vuelan a gran altitud, sobrevuelan regularmente el territorio ruso. Sus cámaras estereoscópicas han permitido establecer en una base americana de la Selva Negra una inmensa maqueta en relieve, que reproduce fielmente la topografía de la U. R. S. S. Un radar reductor filma la maqueta, exactamente tal como el terreno aparece sobre la pantalla de radar de un avión que vuela bajo. Un mapa-radar ha sido hecho, y mediante un sistema de guía de un avión-robot (el «Snark», por ejemplo), asimismo provisto de un radar, le permite reconocer su ruta en el paisaje ruso. A 20.000 metros, los «Lockheed U-2» gozan de una impunidad casi total. Los rusos derriban uno de cuando en cuando. Nadie habla de ello.» Y no es extraña tal información sobre asunto tan secreto en los Estados Unidos. Como bien indica Raymond Cartier (*Paris Match*, 21-V-60), las nueve décimas partes del espionaje moderno son una recopilación. Las informaciones más abundantes y frecuentemente las más importantes provienen de las fuentes públicas y de los documentos oficiales. En esto, Norteamérica es un país de cucaña. Del Departamento de Información Pública del Pentágono sale más material del que podrían recoger 10.000 espías trabajando dieciocho horas diarias. No hay un solo problema de estrategia o de material que no vaya directamente ante los Comités del Congreso en el curso de encuestas públicas, que se convierten regularmente en polémicas entre los diferentes servicios de la Defensa nacional. La inmensa Prensa técnica americana aporta una inapreciable contribución al espionaje soviético por un precio que no sobrepasa el de sus suscripciones. Ninguna censura la refrena. Ningún filtro se interpone delante de la ola de informaciones que se propaga cada día sobre los trabajos, los proyectos, los éxitos y los fracasos de la ciencia y de la industria norteamericanas, bien que apenas exista una rama de una u otra que no tenga una implicación directa en la seguridad de la nación. Todo lo contrario sucede en la Unión Soviética.

El mismo Jruschev reconoció en su turbulenta conferencia de Prensa del Palacio de Chaillot que estaba al corriente de los vuelos norteamericanos sobre territorio soviético desde hacía meses. Y preguntado por qué no había hablado de ello con Eisenhower cuando su visita a los Estados Unidos, respondió: «Tuve la intención de hacerlo cuando estuve en Camp David. Eisenhower me había dicho: «Llamadme *my friend* y yo os llamaré

*gospodin Jrushev*". Estuve a punto de hablarle. Pero dudé; me dije: no, no se siente buen amigo. Y tenía yo razón.»

Por tanto, hay que concluir que razonablemente no pudo ser el vuelo del «U-2» de Powers la causa de la reacción de Jrushev ante la Conferencia de alto nivel. La U. R. S. S. pudo mantener el silencio de otras veces ante incidentes similares, si bien ahora tenía pruebas: el piloto vivo y los restos del avión.

Por cierto que aún no se ha aclarado plenamente el caso Powers, aún después de su reciente proceso en Moscú, que terminaría en una condena no muy fuerte. El piloto Powers no había sido sometido al duro proceso de selección y entrenamiento de los agentes reclutados y formados por la «Central Intelligence Agency. Se sabe que otros pilotos de «U-2» cayeron a causa de accidentes sobre territorio soviético, pero ni de sus aparatos quedaron restos apreciables ni ellos resultaron supervivientes. Tampoco es absolutamente claro el tipo de accidente que sufrió el «U-2» de Powers. Citemos primero la versión soviética, ofrecida por el mariscal Malinovsky en su discurso del 30 de mayo: «Los medios radiotécnicos modernos pueden establecer con precisión de dónde despegan un avión, seguir su vuelo y determinar el lugar de su aterrizaje. Incluso un avión, invisible, según los norteamericanos, volando a gran altura, construido especialmente para misiones de diversión y espionaje, ha sido abatido por un cohete soviético. Es difícil que el Pentágono admita esto..., y por ello la Prensa reaccionaria burguesa ha publicado diversas explicaciones del hecho de que el espía Powers esté en manos de las autoridades soviéticas. A veces, Powers es presentado como un traidor; otras, pretenden que Powers hizo un aterrizaje forzado, y aún otras veces pretenden que, como consecuencia del mal funcionamiento del avión, Powers se vió obligado a descender y fué derribado por nuestra artillería a una altura que no era superior a los 10.000 ó 12.000 metros. Todas ellas son torpes tentativas para desacreditar nuestra defensa antiaérea y para restablecer, al mismo tiempo, su fe en la invulnerabilidad del avión «Lockheed U-2». ¿Pero es que esos señores de la agencia de Allen Dulles no conocen realmente la existencia en las Fuerzas armadas soviéticas de cohetes activos? Poseemos, señores, esos cohetes, y poseemos un excelente personal para lanzarlos. Nuestros cohetes son capaces de alcanzar un objetivo no sólo a una altura de 20.000 metros, sino mucho más alto todavía. En una palabra, vosotros, señores, no poseéis todavía aviones que vuelen con un techo tal que nuestros cohetes no puedan alcanzarlos... Yo, en tanto que sea ministro de Defensa de la Unión Soviética, he dado orden al comandante-jefe de las unidades de cohetes de lanzarlos sobre la base de despegue

del avión en caso de violación del espacio aéreo de la Unión Soviética y de los países socialistas.»

Pero no parece exacta la afirmación de Malinovski de que haya sido un impacto directo de un cohete especial el que haya destruido en vuelo a 20.000 metros de altitud el «U-2» de Powers. Y del reciente proceso de Moscú, aun cuando se insistiera en ello, no ha salido nada convincente en favor de tal tesis. Incluso puede interpretarse la amenaza proferida por el mariscal soviético, como indicio de que la U. R. S. S. ha querido impresionar a los países de los cuales podrían despegar «U-2» para que no permitieran a los norteamericanos el seguir sus vuelos desde tales bases, precisamente porque no les es fácil derribar estos aviones en circunstancias normales. De aquí también las Notas de protesta enviadas por el Gobierno de la Unión Soviética el 13 de mayo a los Gobiernos de Turquía, Pakistán, Noruega, Irán y Japón, en las cuales la U. R. S. S. advertía que «si tales provocaciones continuaran desarrollándose desde territorio (turco, etc.), se vería obligado a adoptar, como respuesta, medidas coercitivas indispensables. Como es sabido, la Unión Soviética tiene a su disposición medios que, en caso de necesidad, le permiten hacer inofensivas esas bases militares utilizadas para cometer actos agresivos contra la Unión Soviética».

Al contrario, el incidente del «U-2» de Powers parece probar más bien que la defensa aérea soviética durante más de cuatro años no ha podido impedir los vuelos de los «U-2» sobre el territorio de la U. R. S. S., no obstante la profundidad de algunos de ellos. En las mismas Notas soviéticas se indica que este avión había salido del aeródromo de Incirlik, cerca de Adana, en Turquía, para el aeródromo de Peshawar, en Pakistán, y desde aquí su itinerario era: Mar de Aral-Sverdlovsk-Arkángel-Murmansk, para terminar aterrizando en el aeropuerto noruego de Bodo. Este itinerario de miles de kilómetros de vuelo por encima de la U. R. S. S. sin duda fué hecho más veces por los «U-2», sin que la defensa aérea soviética hubiera podido impedirlo, aún sabiendo que se estaban efectuando tales vuelos con un objetivo de información. En este sentido, José Alsop, en el *New York Herald Tribune* (11-V) escribió que «ahora es claro que los soviéticos no pueden tener confianza real en su defensa aérea contra los bombarderos estratégicos americanos. Es preciso no olvidar que la producción de los «U-2» por Lockheed, se remonta a 1955. Hace cuatro años que este avión, que es esencialmente un planeador gigante movido por un solo reactor, es utilizado para sobrevolar el territorio soviético. Estos vuelos del «U-2» en la alta atmósfera ciertamente fueron observados en las pantallas de los radares soviéticos. Antes de la desgraciada misión del teniente Powers, ningún «U-2»

había sido derribado. Tales vuelos regulares, ejecutados durante años con completa inmunidad, suponen un sistema de defensa aérea en verdad muy débil a gran altitud. El hecho de que el «U-2» del teniente Powers haya llegado impunemente hasta Sverdlovsk, en el mismo corazón de la masa continental soviética, supone también un sistema de defensa aérea que tiene considerables lagunas. Puede que el sistema esté en vías de mejoramiento con cohetes para gran altitud del tipo del «Nike» norteamericano, pero estos progresos no han podido ir todavía muy lejos. Hay también ciertas contradicciones en los detalles técnicos del informe soviético concerniente a la suerte del «U-2». La manera como el avión se dice ha sido derribado a unos 21.000 metros está particularmente sujeta a caución. Parece mucho más probable que el reactor único del «U-2» haya cesado de funcionar, obligando así al teniente Powers a efectuar un descenso en vuelo planeado. Esto quiere decir que el «U-2» ha sido alcanzado no a 21.000 metros, sino a una altura mucho menor. Y si esto es exacto, la defensa aérea soviética no es sólo imperfecta, sino que es absolutamente impotente contra los bombarderos estratégicos «B-52». En todos los casos, la suerte del «U-2» prueba que el equilibrio del terror no ha sido roto.»

Pero aun cuando se admitan como exactas las palabras pronunciadas por Jrushev el 28 de mayo en Moscú: «Hubo un tiempo en que no podíamos derribar estos aviones, porque volaban muy alto. Pero hoy, los sabios, los ingenieros, los obreros soviéticos, han creado cohetes muy notables. Y ha sido la misma pandilla militar norteamericana la que nos ha permitido demostrar plenamente su eficacia», de todas maneras es claro el fuerte impacto que el incidente del «U-2» de Powers pudo producir en la URSS, respecto a la vulnerabilidad de su territorio para la aviación estratégica norteamericana, que pronto contará con los «B-70».

Tal vez esta evidencia pudo encolerizar, más que a Jrushev, a las Fuerzas armadas soviéticas, que vienen demostrando poca simpatía a los planes de desarme y a los proyectos de «coexistencia pacífica» del Jefe del Gobierno de la U. R. S. S. Posiblemente el grupo stalinista soviético se reavivó contra Jrushev en este momento en que iba a ir a París a concertar una paz coexistencialista con Occidente, que la China de Mao-Tse Tung viene rechazando. Probablemente el mismo Jefe del Gobierno soviético se dió plena cuenta de que iba a volver de la Conferencia de alto nivel con las manos vacías, no consiguiendo desunir a los occidentales ni lograr éxitos en la resolución de varios problemas, como el de Berlín. Todo ello puede haber sido lo que realmente empujó a Jrushev a utilizar en el preciso mo-

mento el incidente del «U-2» para hacer abortar la Conferencia en la cumbre.

En definitiva, creemos que en el malogro de la Conferencia de París el avión «U-2» no desempeñó otro papel que el muy importante de pretexto para ello, siendo las apuntadas las verdaderas causas que movieron a Jrushev a derribar, con la Conferencia, la política de coexistencia pacífica, que indudablemente quedó enterrada en París, aun cuando el Jefe del Gobierno soviético haya dejado, en sus declaraciones parisinas, berlinesas y moscovitas posteriores, abierta una posibilidad de resucitarla una vez que haya resuelto los problemas internos de la U. R. S. S. y del comunismo mundial, tal vez intentando reanudar el diálogo sobre la «coexistencia pacífica» con un nuevo inquilino demócrata en la Casa Blanca y, en todo caso, con un equipo directivo joven en los Estados Unidos, posiblemente más flexible que la Administración Eisenhower.

LUIS GARCIA ARIAS.

Septiembre 1960.

